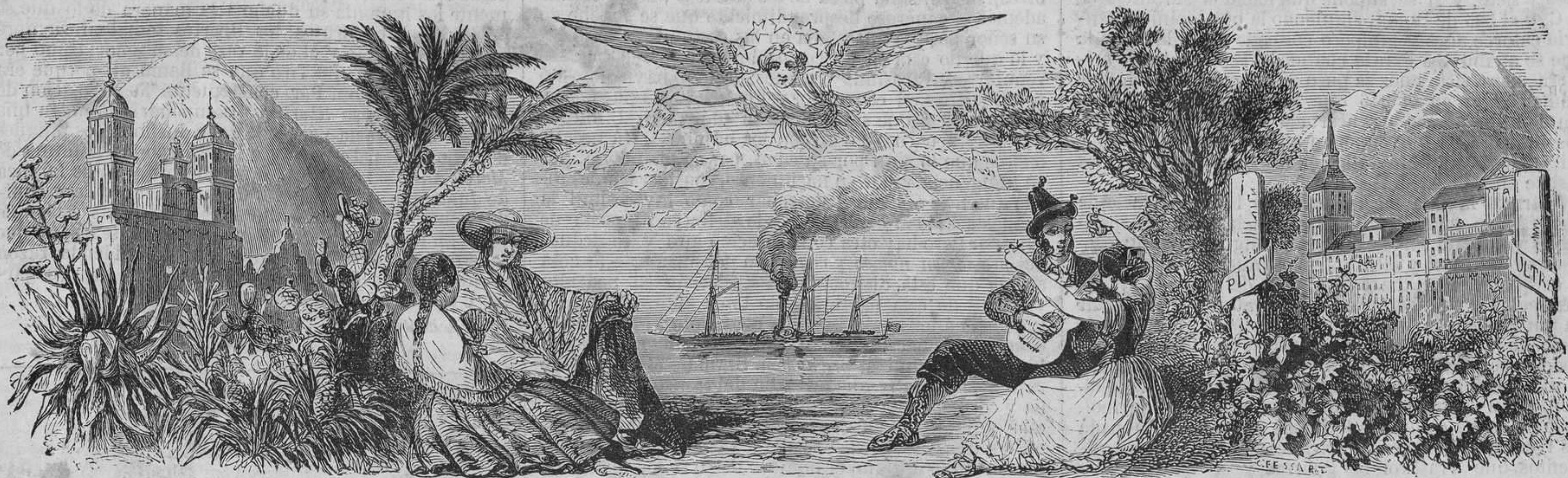


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — Tomo VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 14. — N° 138.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO

Las aguas de S. Cloud; grabado. Estudios sobre el teatro de Plauto y de Terencio. — Revista de Paris. Jerusalem y Cristo. — La estacion de los baños; grabados. — Elvira y Luisa. — El istmo de Suez; grabados. — El secreto de la Bianetti. — Exposicion Universal de Bellas-Artes; grabados. — Soneto. — Boletin científico. — Las fiestas escocesas en Holland-House (Kensington); grabados.

Las aguas de S. Cloud.

Alternando con las fuentes de Versailles corren tambien las de S. Cloud dos veces por mes este verano, pues con motivo de la Exposicion Universal el gobierno ha querido que los muchos extranjeros que han

venido á Paris disfruten de todo lo mas notable que puede verse, tanto en la capital como en sus cercanias. En nuestro dibujo se ve representado el juego principal de las aguas de S. Cloud, que forma dos cascadas artificiales, una construida por los dibujos de Lepautre y la segunda debida á Mansard. La primera tiene 108 piés de frente sobre otros tantos de cuesta hasta la alameda del Tillet. Se halla adornada arriba con dos figuras colosales representando el Saona y el Marne; las que se ven medio tendidas sobre la balaustrada son el Sena y el Loira. A las extremidades está Hércules con diferentes estatuas de Faunos.

La cascada baja situada á continuacion de la alta es mayor que esta; tiene 270 piés de longitud sobre 96 de anchura y consume 3,700 moyos de agua por hora. Las aguas caen en un canal adornado con estatuas que alcanza hasta la orilla de la alameda principal del parque.

A la derecha de la cascada hay un surtidor de agua, quizá el mas extraordinario que existe en el mundo,

pues se eleva á 80 piés sobre el nivel del pilon, levanta en su orificio un peso de 130 libras, y consume ó mas bien arroja diez barricas de agua por minuto.

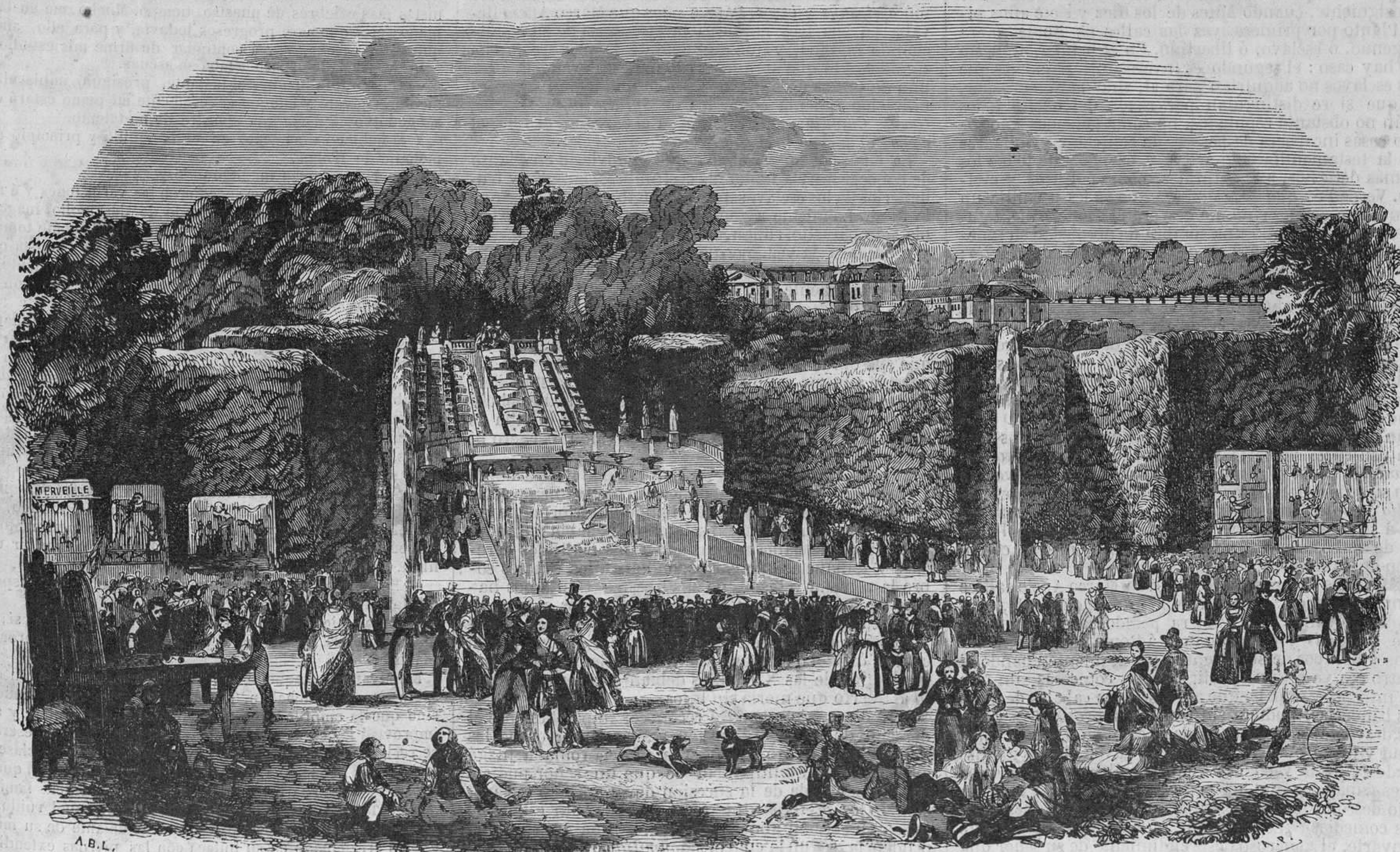
Estudios

SOBRE EL TEATRO DE PLAUTO Y DE TERENCEO.

PLAUTO.

(Continuacion.)

M. Nisard en el tomo de Plauto, Terencio y Séneca el trágico de su coleccion de autores latinos y en la noticia que da de la vida y de las obras del primero, dice que este poeta insigne nació en el año 224 ántes de Jesucristo, y que á los diez y siete años hizo representar



La cascadas del parque de San Cloud.

su primera pieza que, como se ha dicho, fué la de los *Menechmos*. Mas adelante sin embargo, al ofrecer su traducción, dice en una nota, que se representó en el año 539 de Roma, lo que no puede ser, porque si Plauto nació en 224 ántes de nuestra era, que corresponde al 528 de la fundación, tendría en 539 once años y no diez y siete, y si se supone que nació el 227 ántes de J. C. ó el 525 de Roma, siguiendo la otra opinión, tendría catorce años y tampoco coincide esta edad con la que se atribuye á Plauto cuando se representó su primera pieza. Esta pues se puso en escena ó en el 541 de Roma, ó bien en el 545 que es lo mas probable y la opinión que parece mas acertada siguiendo á los críticos de mas nota que suponen al poeta nacido en 528 é iniciándose como dramático en los *Menechmos* á los diez y siete años de edad.

Al trazar la vida de un poeta de la importancia de Marco Anicio, cuando faltan las noticias mas indispensables y cuando solo se encuentra alguno que otro dato esparcido aquí y allí, entre los muchos autores que se ocuparon en analizar el idioma del pueblo rey, en dar reglas y en disertar sobre la oratoria y en tratar de puntos de mas ó ménos interés para el estudio de las bellas letras; al tocar por consiguiente con la necesidad de ir restaurando lo que destruyó el tiempo, á la manera del arqueólogo que en la simple contemplación de un escaso fragmento de granito ó de mármol, ve un sistema completo de líneas y evoca de la nada los recuerdos del pasado, reedificando aquellos monumentos que arrasaron las guerras y el tiempo aislador y ofreciendo á nuestras meditaciones toda una civilización que pasó y quedó reducida á una vana sombra al venir á tierra hechas menudo polvo esas moles grandiosas en que estaba formulada; al tener que penetrar en la noche del pasado no con la antorcha de la historia sino con la pálida luz de las tradiciones al par que escasas adulteradas; nos vemos por necesidad obligados á marchar por una serie de razonamientos, enojosos á veces y otras amenos, pero siempre necesarios para formar un todo homogéneo y para conducirnos en la investigación de la verdad. Porque las obras del arte se comprenden y se explican á veces por accidentes y la vida del poeta es amenudo la clave para analizar sus impresiones y el orden de ideas á que debió arrastrarle su fantasía.

Los críticos, en efecto, han tratado de explicar muchas de las buenas y malas cualidades de que adolecen las comedias de Plauto por el supuesto de haber nacido de padres esclavos y de haberse constituido, una vez libre, en nueva servidumbre á consecuencia de las vicisitudes por que pasó durante su vida. Justo es pues que examinemos los grados de verosimilitud que garantizan estas aserciones comenzando por la primera que se refiere á su nacimiento.

Desde luego se debe convenir en que haber sido Plauto el fruto de un contubernio debió ser esclavo él también, porque los esclavos no solo se hacían sino que nacían, esto es, no solamente lo eran los cautivos y los que se vendían para disfrutar del precio, sino los hijos de dos esclavos, los de una esclava y los de una mujer libre que se entregaba á un esclavo ageno. Por consiguiente, cuando ántes de los diez y siete años pisó Plauto por primera vez las calles de Roma, ó era ingenuo, ó esclavo, ó libertino. En el primer supuesto no hay caso: el segundo es inverosímil. Sabido es que los esclavos no adquirían para sí, sino para su señor, y que si se distinguían por razón del oficio, todos eran no obstante reputados, no como personas sino como cosas incapaces de poseer, de contratar y obligarse de la testamentación activa y pasiva y de todos los demás derechos, así naturales, como políticos y civiles. Verdad es que á la manera que se les permitía un simulacro de matrimonio que era el *contubernio*, también se les consentió una sombra de propiedad en muebles ó raíces á la que se daba el nombre de *peculio*; pero ¿cuáles eran los derechos que sobre él tenían los esclavos? Cuando á fuerza de paciencia, de sobriedad y de economía ahorran una parte de la ración de trigo que se les repartía diaria ó mensualmente con los nombres de *diarium* ó *demensum*, ó del exiguo producto de las escasas horas de trabajo que para ellos se les concedía, establecían la base de su *peculio* comprando á su vez otros esclavos á quienes llamaban *vicarios* y que en punto á derechos y obligaciones en nada diferían de ellos. Pero ambos esclavos no tenían mas que un usufructo precario sobre su *peculio* respectivo y si el *vicario* podía perderle por un antojo del esclavo que era su señor, del mismo modo este podía perder el *peculio* de su *vicario* y el suyo propio, si así le acomodaba á su dueño que era, propiamente hablando el dueño de ambos siervos. Tal era la dura y mísera condición de los esclavos.

¿Es pues verosímil que el jóven Marco Anicio saliese como esclavo de Sarsina, siendo aun adolescente, para probar fortuna como hubiera podido hacerlo un hombre *sui juris* y que llegando á Roma con los ignominiosos harapos de su juventud precisamente cuando el teatro era ya segun se colige de sus comedias, un foco de intrigas y el palenque abierto á las cabalazas de todas las banderías, pudiera sin poderosos protectores y con las desventajas de su degradada condición, de su corta edad y de su miseria, obtener el favor de los magistrados y de la veleidosa muchedumbre, y con él pingües ganancias que le sirviesen para exornar con un lujo desconocido hasta entonces la representación de sus comedias? ¿Es verosímil, no habiendo datos en que apoyarle, el generoso desprendimiento de su señor que no solo renunciaba al *peculio*, sino á la persona y al

trabajo de su siervo de quien las leyes le reputaban único y exclusivo dueño? Plauto vivió en Roma, haciendo ostentación en una gran parte de sus obras, de la elevación de ideas, de la nobleza de sentimientos y de la generosidad propias, no de un esclavo envilecido, sino de un austero y grave patricio. Testigo, entre otros, su bellísima pieza de los *Cautivos*; no es creíble además el generoso desprendimiento que se supone en su señor porque no estaba en las costumbres romanas y lo que no está en las costumbres de una época debe reputarse inverosímil á ménos de que haya datos ó presunciones en contrario, y finalmente no puede perderse de vista que siempre se ha mostrado el mundo por desgracia, desdeñoso con los humildes, sin necesidad de que lo sean por su edad, por su abandono, por su indigencia y por su nacimiento, consideraciones todas que nos obligan á desechar como inverosímil la supuesta calidad de *verno* que le atribuye al poeta de Sarsina. Pero hay otra consideración aun y se deduce del *prænomen nomen* y *cognomen* del mismo.—Es cosa sabida que esta distinción de apelativos (si podemos valernos de esta palabra) solo tenía aplicación en los ingenuos á los cuales se daba un nombre propio á los ocho dias de nacer, cuando eran purificados con el agua lustral y hé aquí el *prænomen*. Seguía el nombre de raza *nomen gentis* que procedía del tronco de la familia y correspondía á los individuos de sus diversas ramas y finalmente el *cognomen* que distinguía á las familias unas de otras. Los siervos por el contrario, tomaron en lo antiguo el nombre de su señor, pero después recibieron, cuando esta denominación cayó en desuso, un nombre elegido arbitrariamente aunque en lo general designaba su procedencia como *Syrus*, *Dacus*, *Gete*. El idioma latino grave, conciso, enérgico en la elección de sus voces, nunca lo era tanto como cuando habia de expresar ideas de superioridad y de dominio y ninguno igual al que tenían los romanos sobre una clase que estaba entre ellos equiparada á la de los brutos. Las mismas comedias de Plauto nos ofrecen de esto continuos ejemplos. Son numerosos los nombres de esclavos tomados del país de que eran oriundos como *Lydus*, *Lampadisa*, *Messenio*, *Sira* y los que inventó el poeta como indicantes de la profesion, defectos y carácter de aquellos á quienes se aplicaban, como *Pseudohus Palestrion*, *Epidicus*. Verdad es que entre los nombres de los ingenuos y hasta de las familias mas ilustres, la mayor parte tenían una significación en la cual venían á reflejarse las costumbres y el estado social de Roma en sus distintas épocas, de tal manera, que cuando era una nación agrícola se tomaban de la agricultura y ganadería como *Pilumnus*, *Piso*, *Fabius*, *Lentulus*, *Ovilius*, *Bibulus*, *Porcus*; cuando militar, de los diversos lances de la guerra como *Corvus*, *Torquatus*, *Capitolinus*, etc., y otras veces haciendo ámbros al capricho ó á las circunstanancias mas pueriles y hasta extravagantes; pero téngase entendido que estos nombres jamás venían solos sino acompañados de otro ú otros formando el *prænomen* y el *nomen*, ó agregando á estos el *cognomen* y á veces otro especialísimo deducido de algun hecho ó hazaña especial del nombrado, al cual se daba el nombre genérico de *agnomen*, tal como *africanus* y otros. Parece pues que Marco Anicio llevaba en sus tres nombres la ejecutoria de su condición de *ingenuo*, y que aun cuando la palabra *Plauto* significara lo que algunos han supuesto, vendría á ser uno de tantos nombres de familia que tenían una significación ridícula como los de *Sylla*, *Rufus*, *Cæcus*, *Gneus*, *Claudius*, equivalentes á el *barroso*, el *rojo*, el *ciego*, el *pecoro* y el *cojo*.

La cualidad buena ó mala que se advierte en Plauto de conocer muy á fondo las costumbres, enredos y truhanerías de los esclavos, no es un dato para suponer que lo fuese. La misma razón habria para sostener que habia sido parásito, rufian, embaucador, avaro, disipador y pródigo á la vez, porque precisamente una de sus grandes dotes consiste en la admirable exactitud y verdad sorprendente con que supo trazar y desenvolver todos los caracteres, aun los mas opuestos entre sí, y el profundo estudio y conocimiento del hombre en todas las clases y en todas las categorías del orden social que sus obras revelan. Nuestro inmortal Quevedo incurrió, aunque en distinto género, en el mismo vicio que se moteja al poeta umbriano, y sin embargo el caballero de la Orden de Santiago y señor de la villa de la Torre de Juan Abad, jamás habia sido tabernero ni tahir, alguacil ni rufian.

Si pues Plauto no era esclavo cuando llegó á Roma ¿era libertino? Para responder afirmativamente seria preciso suponer que habia tenido anteriormente un dueño tan generoso que no solamente le habia manumitido, sino que habia renunciado á los legítimos derechos y ganancias que correspondían á los señores sobre la persona y bienes de sus libertos. Omitamos hablar de los primeros y limitémonos á los segundos. Constituido el esclavo en libertad estableciase entre él y su señor una especie de *patronazgo* ó *clientela* por lo cual el último ó sus mas próximos parientes, en virtud de una ley de las XII tablas debían suceder abintestato al libertino que moría sin hijos.

Esta disposición venia á reconocer implícitamente el derecho de testamentación activa en favor de los manumitidos; pero sin duda la codicia romana juzgó exorbitante la eventualidad de que un señor pudiese no percibir nada de la sucesión de su antiguo esclavo, cuando los pretores vinieron á reformar un estado de cosas, que creían abusivo, y crearon una nueva jurisprudencia, segun la cual el *manumitido* que moría *abintestato* no dejando sino hijos adoptivos ó una esposa,

debía instituir á su patron en la mitad de sus bienes la cual le pertenecía aun cuando el *liberto* no hiciese mención de él en el testamento. Si los libertos eran pobres debían al patrono una parte de su trabajo y toda clase de servicios, segun su capacidad.

Hay otro hecho que tener en cuenta y es que así como los esclavos recibían el nombre que arbitrariamente los imponía su dueño á la manera de lo que se verifica con los brutos, los libertos tomaban siempre el nombre propio y el de la raza de su señor, como por ejemplo Marco Tulio Tiro que se llamó así porque era libertino de Ciceron. Por consiguiente la suposición de que Plauto fuese *libertino* presupondría también una generosa renuncia por parte de su dueño de los pingües derechos del patronato y además que los nombres de *Marco Anicio* no constituirían su nombre y el de la raza de que era oriundo sino los de su antiguo y desprendido señor. Indudablemente son cosas todas estas que están en lo posible pero no basta que así sea para que se admitan, ni aun en hipótesis, no habiendo razón alguna que puede servir de fundamento para juzgarlas ó presumirlas realidades.

(Se continuará.)

F. DE MADRAZO.

Revista de Paris.

Un crítico de Paris de agudeza insigne decia en un folletín musical hablando de pianos: « La humanidad se divide en dos grandes masas, una dedicada á tocar el piano, y otra destinada á sufrirlo. » Verdad incontestable y terrible para esta segunda mitad del género humano que vive bajo el yugo de tan inexorable manía. — Un recién casado, hombre de ingenio en la literatura, acaba de hallar un expediente para sustraerse á la esclavitud de la música doméstica que recomendamos eficazmente á los que se hallen en trance tan penoso como era el suyo.

Entre los muebles que la jóven esposa llevaba al domicilio conyugal se contaba un magnífico piano de madera fina con ricas incrustaciones de plata, un mueble soberbio de esos que fabrica Erard para las reinas. El marido ignoraba completamente el talento de su esposa; habia conocido á su familia en el campo y su boda se habia improvisado en pocos dias. Júzguese, pues, de su sorpresa cuando vió llegar á su casa al día siguiente de sus bodas el aborrecible instrumento.

— El piano en la sala, decia la jóven á los mozos; mañana cuando venga el afinador le arreglaremos.

— ¿Cómo! ¿tocas el piano? preguntó el marido con asombro.

— ¿Lo ignorabas? pues no he hecho otra cosa en mi vida; pero, es verdad, habíamos dejado este en Paris, y en el campo tenia otro pequeño que se hallaba en mi dormitorio para estudiar por la mañana.

— ¡Dios eterno, qué afición! exclamó el marido.

— Ya verás, continuó la mujer, ó por mejor decir, ya oírás, amigo mio; dicen que sé mucho, y lo cierto es que he alcanzado triunfos en los salones, aun al lado de los pianistas mas célebres de nuestro tiempo. Mucho me gusta el piano; creo que haré progresos todavía, y para ello, ahora que estoy casada, voy á continuar de firme mis estudios.

El desgraciado esposo estaba en ascuas.

— Quiero que juzgues al instante, prosiguió implacablemente la jóven, y aunque seguramente mi piano estará desafinado voy á darte una muestra de mi talento.

Y al hablar así se sentó en el banquillo y principió una melodía de Weber.

El marido se puso meditabundo.

A la melodía de Weber sucedieron las variaciones y á medida que estas desfilaban sirviendo de desarrollo inagotable á todos los temas conocidos, el rostro del oyente tomaba de mas en mas una tinta sombría. Cuando la pianista concluyó y se fué hácia él á mirarle con un aire triunfante, el esposo la tomó la mano, se la estrechó y la dijo con un acento indescriptible:

— Es cierto, amiga mia, tienes un talento extraordinario.

Desde la mañana siguiente la jóven principió á poner en ejecución su firme propósito; principió á estudiar con un afán que rayaba en delirio. El escritor que por su parte se hallaba engolfado en una obra de empeño, apenas logró en una mañana emborronar una cuartilla. Al otro día oyendo que continuaba la música, renunció á su trabajo á tales horas, y pensando que el piano le inspiraría quiso urdir la trama de una zarzuela; ¡vana tentativa!

— Amiga mia, dijo á su mujer á quien adoraba y á quien no habria querido contrariar por nada en este mundo, tocas el piano como una artista verdadera, y experimento tal placer oyéndote que ni ayer ni hoy he podido escribir una línea.

— Eso es que me amas y que eres indulgente, respondió la jóven rebotando de júbilo.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! decia el marido para sí; no me comprende, y me va á dejar sordo con su furor de pianista.

Efectivamente, aquello iba de mal en peor; la jóven que sabia que la escuchaban, no se limitó á un árido estudio, sino que la emprendió con las piezas mas difíciles, y aun improvisó las cosas mas atrevidas en armonía. El escritor se resignó á su infausta suerte, renunció á toda clase de trabajo por la mañana, pues lo mismo los versos que la prosa, lo mismo la crítica que la correspondencia familiar y hasta la lectura, eran incompatibles con aquel ruido. El buen esposo se sentaba en su despacho delante de su mesa, y bien arrellanado en su butaca con las piernas extendidas y los brazos cruzados sobre el pecho, esperaba en esta po-

sición la hora de almorzar, alzando de cuando en cuando miradas suplicantes al compasivo cielo.

— ¿Cuándo y cómo se acabará esto? se preguntaba el mártir.

Y dicho sea en verdad, al cabo de un mes de este suplicio cotidiano, el joven sentía que se enfriaba su amor á su mujer, y principiaba á temer por lo sucesivo las consecuencias de estos primeros síntomas. Pero es el caso que esta disminución de amor no le convenia; queria amar á su mujer ante todo y para todo, pues en ello estribaba la felicidad y el sosiego de toda su vida, y por otra parte no se atrevia á declarar su angustia temiendo herir el amor propio de la artista que cada día se mostraba mas satisfecha con sus progresos. La situación era muy crítica, y solo podia desenlazarse felizmente á beneficio de alguna circunstancia extraordinaria.

Sucedió, pues, que habiendo enfermado la madre de la joven esta tuvo que correr al campo, mientras el marido se vió obligado á permanecer en Paris donde debia dirigir los ensayos de una de sus comedias. Al otro día de aquella marcha nuestro hombre se levantó temprano y se dijo gozoso:

— ¡Al cabo podré continuar mis tareas!

Pero hé aquí que á pocos minutos una extraña alucinacion se apoderó de su espíritu: figurósele que el piano tocaba solo, creyó oír las escalas y arpeggios favoritos de la pianista, y abandonando su espíritu á esta distraccion, su cuerpo cayó en la butaca en la misma postura que acostumbraba á tomar todas las mañanas á la misma hora.

— Hay para perder el juicio, se dijo el escritor; tengo que cerciorarme con mis propios ojos...

Y se dirigió á la sala, donde encontró el piano cerrado y silencioso en su caja de ébano, bien cubierta con una funda de percal de ramajes brillantes. El joven alzó la funda, contempló un instante el teclado, y luego lanzándose sobre él de repente apoyó sus dedos crispados en las teclas que despidieron un sonido sordo, como un gemido lastimero.

El poeta no habia visto jamás el interior de un piano, y vino á la idea descubrir la combinacion mecánica en cuya virtud aquel cajón informe adquiria tal fortaleza de sonido. Levantó la tapa, luego quitó la tabla de armonía, y se halló en fin con ese esqueleto compuesto de madera, de cuerdas metálicas y de martillos que constituye el aparato interior del instrumento.

— Lo que voy á hacer es un poco violento, se dijo, pero no importa.

Y al punto trajo un martillo, unas tenazas y otras herramientas que creyó necesarias para el caso, y principió á sacar de la caja de ébano las entrañas sonoras á que debia su voz. Ejecutada esta obra destructora, con la misma alegría de un niño que se divierte en hacer añicos el mecanismo de un juguete cualquiera, se puso á romper las cuerdas, los martillos, los bastidores y hasta la tabla de armonía, y luego se quedó un buen rato extasiado en la contemplacion del piano vacío.

Pero de súbito se dió una palmada en la frente, y es que acababa de hallar un medio para utilizar aquella caja que habia dejado sin alma y sin nervios; bajó la tapa del piano, llamó á su criado y mandó que trasladaran el instrumento á su cuarto, y allí despues de haber sacado de su cómoda una por una todas sus camisas, las desplegó y las extendió cuan largas eran en el fondo del cofre, en el mismo lugar que ántes ocupaba el mecanismo.

El poeta pasó aquel día en un acceso continuo de júbilo; su idea le parecia la idea mas hermosa, la mas feliz de cuantas habia tenido en su vida. A la mañana siguiente se puso á trabajar con ardor y con los mejores resultados delante del piano abierto y transformado en cómoda. Sin embargo, á la caída de la tarde, pensando que su mujer vendria en breve, principió á experimentar cierta inquietud con respecto á las consecuencias que podria tener su incomparable idea.

— ¿Si se enfadará? decia; entónces no habrá mas remedio que comprarla otro piano.

¡Horrible idea!

— Eso está muy bien, añadía, pero es el caso que á ella le gustaba este, y no sé si el remedio serviria.

En aquel instante habria querido poder restituir al mueble de ébano todo su organismo destruido.

Fácil es comprender cuál sería la angustia del escritor el día que volvió su esposa, que no viendo en la sala su piano le preguntó porqué le habia hecho trasladar á su cuarto. Ya abria la boca para dar sus explicaciones, pero ella no le dió lugar y le dijo:

— Me figuro lo que ha sido; quieres que esté á tu lado por la mañana cuando estudio al piano; ¡qué bueno eres! El joven se rascaba el pelo, como presintiendo una tormenta.

Su mujer se fué al piano, abrió el teclado y...

Renunciemos á pintar la fisonomía del marido y el asombro y estupefaccion de la esposa que si hubiese clavado los ojos en el delincuente lo habria adivinado todo; pero su primera idea fué alzar la tapa.

— ¿Qué significa esto, amigo mio? le preguntó con una voz conmovida al distinguir la ropa blanca de su marido muy bien arregladita y al reconocer que todo cuanto daba valor al instrumento habia desaparecido.

— Querida mia, contestó el joven con el tono de un hombre que se ve cogido en un renuncio, vas á reñirme sin duda, pero te diré... ¡Dios mio! no sé cómo decírtelo.

— Habla pues, no comprendo...

— La verdad, hija mia, no sabia donde colocar tantas camisas; la cómoda es muy corta, hay que doblarlas, se arrugan, y he pensado que en este mueble que es muy grande... se podria... y despues, te diré tambien que así como está ahora... no hace ruido.

La mujer del poeta sintió dos lágrimas que humedecian sus ojos, y se volvió para que no las descubriera su marido; pero iluminándolas en seguida con los rayos de una

sonrisa impregnada de amor y de ternura, se arrojó en sus brazos, exclamando:

— ¡Pobre amigo mio! ¡Y porqué no me has dicho que no te gustaba el piano! ¡Cuánto habrás padecido en todo el mes que acabamos de pasar juntos! Pero no tengas cuidado, lo que es este no cambiará nunca de destino. De todos modos has tenido una idea peregrina.

Y ambos se echaron á reír formando el duo mas armonioso que ha producido nunca una loca alegría.

Una mujer que abandona su piano por complacer á su esposo, es un caso raro de amor conyugal que ciertamente merece ser citado en los tiempos de piano-manía en que vivimos.

MARIANO URRABIETA.

Jerusalen y Cristo.

POESÍA DEDICADA Á MI APRECIABLE Y RELIGIOSO AMIGO

EL EXCMO. SR. DUQUE DE SEDA VI, ETC.

Vice Sion Lugent.

JEREMIAS.

I.

¿Porqué tan furibundo y sanguinario
Escarneciendo vas ese inocente?
Si á perecer lo llevas al Calvario,
Jerusalen, Jerusalen detente.

Nunca le hieras con tu inicua mano,
Porque es el rey de los potentes reyes,
Y á nadie hará, cual mundanal tirano,
Espirar bajo el peso de sus leyes.

Si le ves tan sumiso padeciendo
Al furor de tu espíritu iracundo,
Es porque estaba escrito que muriendo
Habrá Jesus de redimir al mundo.

Víctima de dolor, tierno cordero,
Va por el hombre á recibir la muerte,
Y es el hombre tambien el tigre fiero
Que aquella sangre tan preciosa vierte.

¿Tú eres Jerusalen la que escuchabas
La voz de las antiguas profecías?
¿Tú eres Jerusalen la que aguardabas
La aparicion dichosa del Mesías?

Ya llegó!... ya llegó!... pueblo orgulloso,
Y lleno de furor le aprisionaste,
Porque hallarle creiste poderoso
Y entre pobreza y humildad le hallaste.

Fué vendido en la noche y azotado,
Rompió su frente la cruel espina,
Y entre dolores, con la cruz cargado
A la cumbre del Gólgota camina.

Lanzad, lanzad á la sañuda gente,
Vírgenes de Sion, fieros enojos,
Y limpiando la sangre al inocente
Lágrimas rieguen vuestros tiernos ojos.

Llegan al fin y con furor maldito
Le clavan piés y manos, y resuena
Ese golpe fatal, y ese es el grito
Que á la infeliz Jerusalen condena.

II.

Ya no se oye ese golpe furibundo,
Ya está en la cruz su cuerpo condolido,
Ya vemos ¡ay! al Redentor del mundo
Entre el cielo y la tierra suspendido.

¡Y ese es el Dios que el universo guia!
¡Y ese es el alto Dios que en un momento
El universo entero aplastaria
Desplomando sobre él el firmamento!

En vez de enviar devoradora llama
Que á la feroz Jerusalen acabe,
« Perdonala, Señor, lúgubre exclama;
Ella lo que hace con Jesus no sabe. »

Muere Jesus por fin, rásgase el velo
Del templo de Sion, huye y se encierra
El astro de la luz, se enoja el cielo,
Y gime y tiembla con horror la tierra.

¡Y ha muerto mi Jesus! y al cabo ha muerto
Y tú, ciudad de maldiciones, fuiste
Quien le trajo á morir del santo huerto?
Jerusalen... Jerusalen, qué hiciste!

Pero aquel inocente era mas que hombre
Y no pudo la muerte aprisionarle;
Su tumba abandonó, brilla su nombre,
Y acabarán los siglos sin borrarle.

Por todo el mundo se alzaré triunfante
Sobre el verde laurel del heroismo,
Confundiendo las armas del turbante
Y el orgullo brutal del paganismo.

El es el Dios del alto firmamento,
El es el Dios que todo lo comprende,
El que agita la mar, empuja el viento,
Y las entrañas del volcan enciende.

El es el Dios cuyas augustas sienes
Están ceñidas de poder eterno;
El es el Dios de mágicos Edenos,
El es el Dios de aterrador infierno.

Tú, Sion, miserable le creiste,
Porque la negra ceguedad te engaña,
Y negando que es rey... pronto le hiciste
Rendir la vida á tu iracunda saña.

Mas si le hallabas cándido cordero
Cuando el Gólgota fué... pueblo maldito,
Ya le hallarás tonante y justiciero
Cuando sucumbas al furor de Tito.

III.

Jerusalen su crimen olvidaba,
Pero volaron rápidos los días,
Y se cumplió por fin lo que anunciaba
La profética voz de Jeremias.

Los romanos ejércitos vinieron
Y á la infeliz Jerusalen sitiaron;
Templos, torres, alcázares hundieron,
Hombres, mujeres, niños degollaron.

¡Y eres, pobre Sion, la que brillaste
Cubierta de riqueza y perfecciones!
¡Y eres, pobre Sion, la que te alzaste
Sobre el poder gentil de otras naciones!

¿Porqué yacen rasgadas tus palmeras?
¿Porqué yacen desiertas tus colinas,
Lánguidos tus jardines y praderas
Y todo el pueblo en silenciosas ruinas?

Porque un tiempo con bárbara fiereza
Asesinaste al Hijo de María,
Y asomando entre nubes la cabeza
Justa y sublime expiacion te envia.

Si tus queridas arpas suspirando
De Babilonia en el ciprés colgaste,
Y tus hierros por último quebrando
A los hogares de Sion tornaste...

Nunca ya tus alegres regocijos
Romperán el silencio tan profundo
Que vela tus escombros, y tus hijos
Írán errando por el ancho mundo.

Tiernas doncellas, jóvenes, ancianos,
Pues que entre negra iniquidad nos vemos,
Cruzando penitentes nuestras manos
El corazon al paraíso alzemos.

No renoveis á Cristo su agonía
Engendrando el pecado en vuestro pecho,
No grite maldiciéndonos un día:
¡Jerusalen! ¡Jerusalen, qué has hecho!

TIMOTEO ALFARO.

La estacion de los baños.

AIX EN LA SABOYA.

Hay tres ciudades famosas por sus aguas termales con el nombre de Aix; una en Prusia, la capital y la tumba de Carlomagno; otra en la Provenza, ilustrada por los regocijos de un viejo niño coronado, y los dinásticos dolores de la viuda de Enrique IV, y la tercera Aix en la Saboya.

De estas tres ciudades la menos considerable como ciudad es sin duda la última. Aix la saboyana, á pesar de su filiacion romana, de sus cuarteles de nobleza antigua, no es mas que un lugaron de 4.000 habitantes, cuya importancia sin embargo, se triplicó desde 1814.

Pero como establecimiento termal es superior á las otras. A doce ó quince kilómetros de Chambéry en el camino de Ginebra se encuentra en una eminencia al

extremo de un valle pintoresco encajonado entre una cadena de colinas sembradas de bonitas aldeas, se encuentra digo, á la mitad de una colina, la ciudad de Aix en la Saboya.

A decir verdad, no es mas que una larga calle formando los límites del camino principal, con algunos apéndices laterales. A la derecha se deja el Casino donde entraremos luego; se llega pues á una plaza oblonga, corazon y centro de la ciudad guarnecida de cafés y de fondas de una apariencia bastante miserable. Una calle que desemboca en la plaza conduce en cuesta al establecimiento de los baños donde harémos despues una visita. Al otro extremo de la plaza se pasa por un arco que forma la entrada del camino de Ginebra. Allí una cuesta bastante rápida conduce entre dos hileras de casas que luego desaparecen, hasta un risueño valle con alamedas gigantescas y limitado por las crestas agudas que cercan las limpidas ondas del Bourget.

Aix, como la mayor parte de las ciudades termales permanece aletargada hasta principios de abril, pero en este tiempo se levanta alegre y brillante hasta setiembre, época en que cae de nuevo en su letargo.

Lo que constituye su fortuna creciente, es el raro privilegio de que sus aguas curativas, saltan de una tierra poética, bajo un hermoso clima y á dos pasos de las mas grandes maravillas de una naturaleza sin rival.

Hace pocos años aun, las aguas termales de Aix se hallaban poco frecuentadas, pero en



Victor-Manuel, rey de Cerdeña, copia de un retrato ecuestre pintado por M. J. Felon.

la mayor parte de los enfermos prefieren con mucha razon el baño de las piscinas, donde pueden entregarse á todos los caprichos de gimnasia y de natacion, y unir al estimulante del baño los buenos efectos del ejercicio. Hay dos piscinas, una para cada sexo y ambas muy vastas; el agua llega por el fondo, y la temperatura se mantiene allí con mucha igualdad entre 30 y 35 grados centígrados. Reciben la luz por arriba y los rayos que se reflejan en los azulejos del contorno contribuye á hacer resaltar, su limpidez perfecta.

El establecimiento contiene un *vaporarium* construido sobre el modelo de los de Ischia, ó sala circular de quince á diez y seis piés de diámetro, coronada con una cúpula de vidrieras. Lo que distingue sobre todo á Aix de todos los demás establecimientos termales, es la perfeccion con que están organizados los aparatos para las corrientes de vapores y mas aun los de agua mineral. Entre estos últimos los hay de todas clases, de todas direcciones y temperaturas. Son verticales, ascendientes ú oblicuos, calientes, frios, mitigados ó *escoceses*, esto es, alternativamente calientes y frios, generales, parciales, etc... Se varían su volumen y choque segun las exigencias y segun todos los casos posibles; los mozos del establecimiento tienen una destreza extraordinaria. Despues de recibir el caño, el bañista es sumergido en el *caldo*; llámase así cierta pieza á cuya superficie el agua termal que llega violentamente por el fondo se manifiesta en

estos últimos tiempos cuando la moda de los baños se ha extendido tanto, Aix ha tomado proporciones europeas por decirlo así. Es muy merecido este favor de que disfruta hoy la ciudad saboyana, como lo probaremos en seguida. Desde el tiempo en que se elevaba en Aix el arco de Campanus que se ve todavía, tiempo en que Roma iba allí como hoy va Londres, y en que la ciudad saboyana fué nombrada sucesivamente *Aqua Allobrogum*, *Aqua domitia* y *Aqua Gratiana*, del nombre del emperador Graciano, los receptáculos de higiene y de salubridad que en su seno encierra, no han cesado de verter y esparcir inalterables la vida y la salud en abundancia. Lo que hoy sucede, esto es, el movimiento y la animacion que allí reinan, es pues de derecho divino y pertenece á esa naturaleza de legitimidad feliz é incontestable.

Las aguas termales de Aix, saltan de dos manantiales; uno llamado de *azufre* y otro de *alumbre* del que no se encuentra por cierto una partícula. Sin embargo, ambas fuentes son sulfurosas, pero la segunda lo es ménos que la primera; es potable y de sabor un poco acidulado.

El agua de estas fuentes es sumamente clara; ambas, la primera sobre todo, exhalan un perfume de huevos algo desagradable, y su calor es de unos 45 grados centígrados. Hállanse administradas en dos establecimientos; el uno dice, Establecimiento real, alimentado por las dos fuentes y que fué construido en 1772 por Victor Amadeo III; y el otro se llama Termas de Berthollet, del nombre del ilustre sabio que debemos á la Saboya.

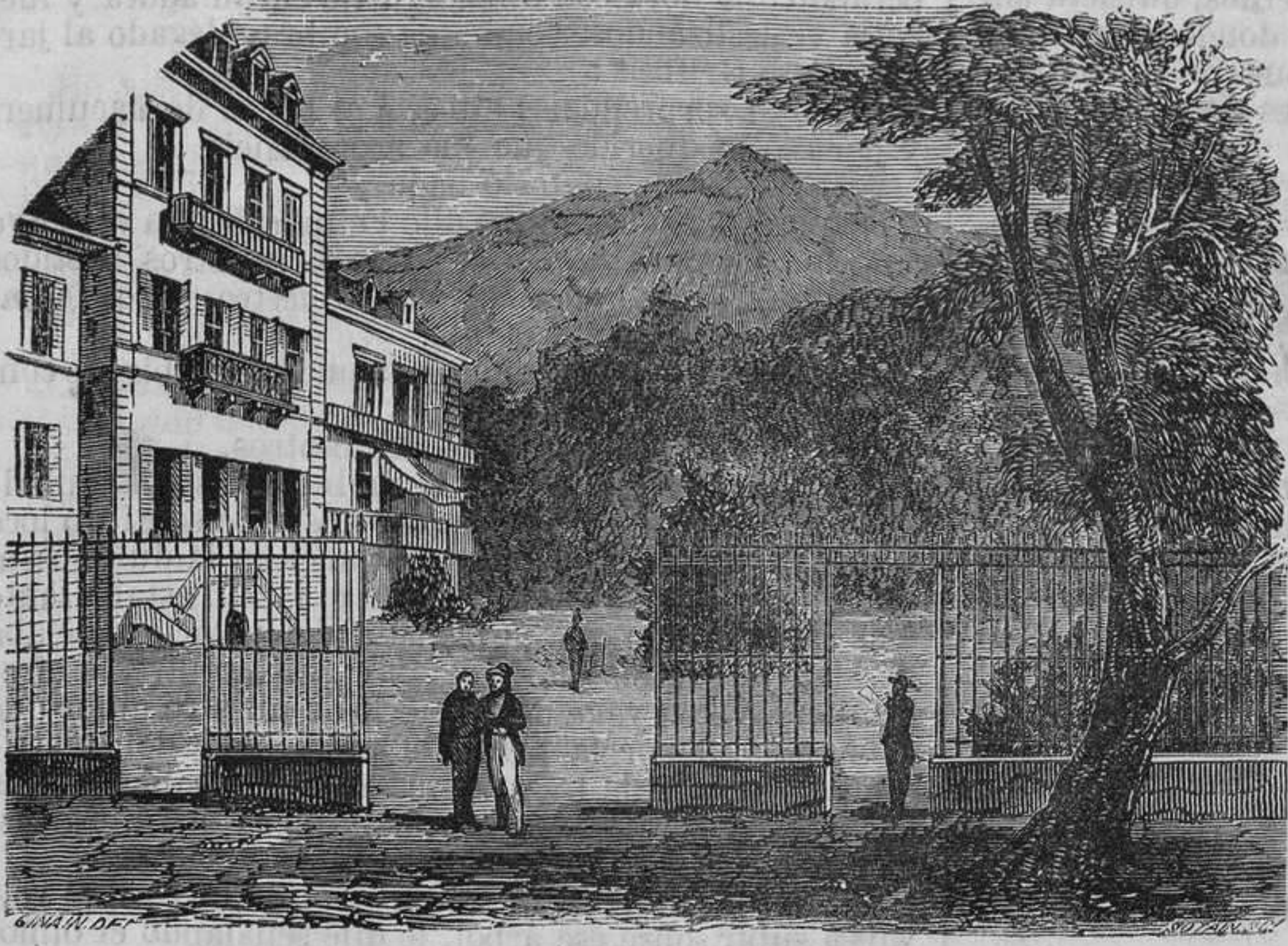
El establecimiento real no carece de elegancia y es uno de los mas completos que pueden verse. Compónese de treinta y seis piezas formando cuatro divisiones: el público tiene á su disposicion anchas pilas de baños, cada una de ellas con tres conductos de agua de azufre, agua natural y *agua de alumbre*; lo diremos así puesto que el uso ha perpetuado este solecismo científico. Pero



Antigo paso de las Escalas.



El palacio de Chambéry.



La fonda de Venat, en Aix.



La azotea del Casino, en Aix.

efecto por caldos poco agradables al bañista novicio. Después del caldo la caldera, y luego el cajon, ó sea el infierno. Hay infierno de hombres y de mujeres, pero no hay purgatorio. El infierno es una serie de gabinetes negros, que deben ese nombre á su temperatura subterránea. Dos caños muy fuertes se rompen contra el suelo esparciendo torbellinos de un vapor diabólico, puesto que el azufre es como sabemos uno de los atributos de Lucifer. Mientras el enfermo recibe el choque, sus piés están sumergidos en agua mineral.

Las Termas Berthollet especialmente afectadas á la fuente de alumbre, se componen de un vasto gabinete abovedado destinado á los caños y cajones gratuitos, de varios gabinetes secundarios para los caños locales de vapor, y de un gran receptáculo ántes baño público, y hoy dividido en varios compartimientos empleados ya en baños para los pobres, ya para usos veterinarios.

La accion de las aguas de Aix es enérgicamente excitante; se ejerce sobre la piel, acelera el pulso y conviene especialmente al tratamiento de los reumatismos sobre todo aquellos de naturaleza gomosa ó esponjosa comun en los países húmedos tales como la Inglaterra y la Holanda; para las enfermedades cutáneas,

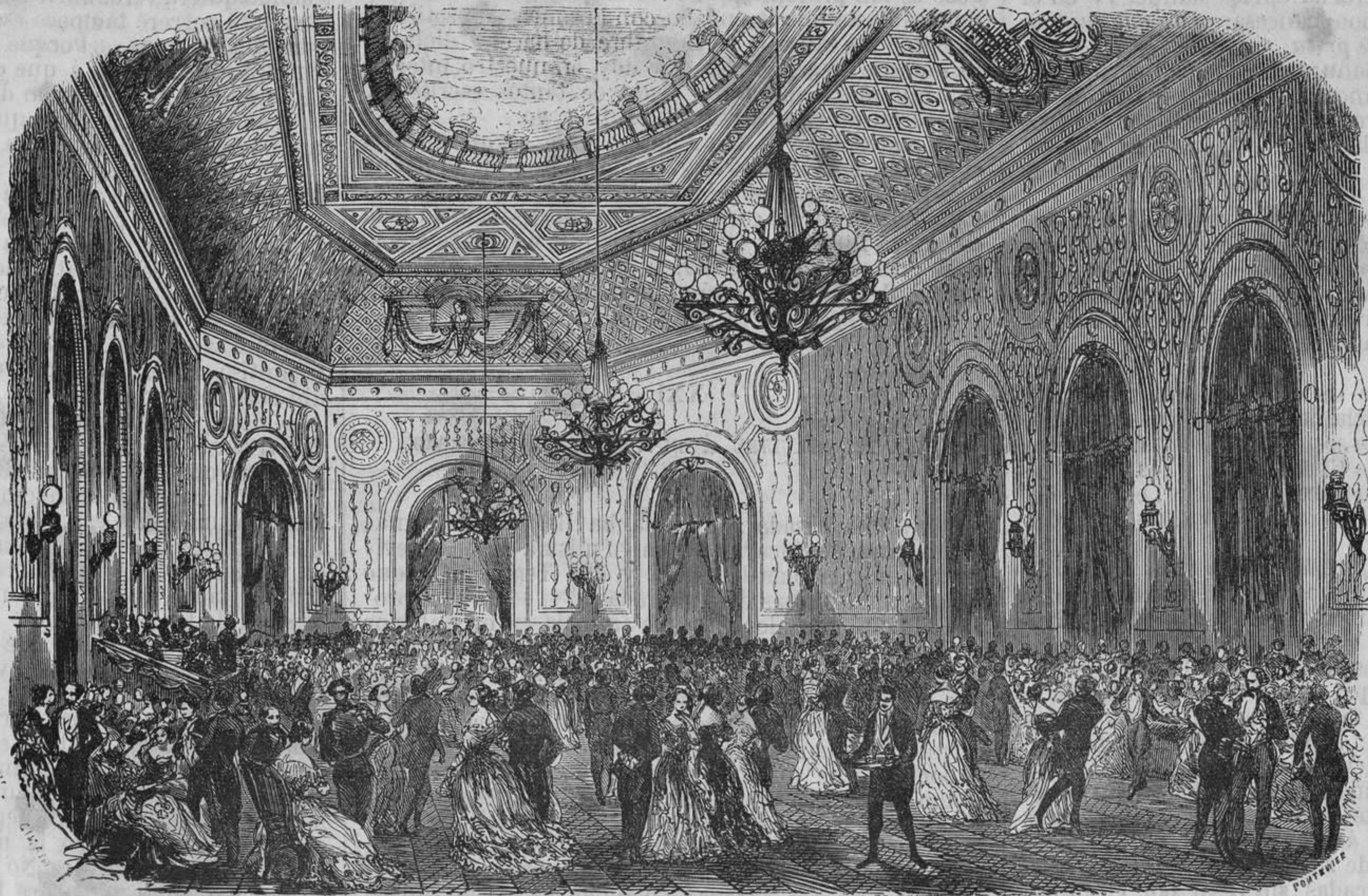
las antiguas heridas, la parálisis parcial, etc. Estas aguas obran con los mejores resultados sobre las constituciones linfáticas escrofulosas, favorecen la accion muscular por medio de los baños y como ayudan al

El servicio termal se halla dirigido en Aix por los señores Despine padre é hijo, en union con los Sres. Vidal padre é hijo, Dardel, Davat, Veyrat, Blanc, Bertier y Guillaud. Hay pocas aguas minerales servidas por médicos tan numerosos y tan capaces, como lo asegura el Sr. doctor Constantino James en su excelente Guia de los baños minerales de Europa.

El mismo doctor asegura que los ejercicios penosos y la abundante transpiracion de la cura exigen un alimento sustancial y tónico, que no excluye la ayuda de un vino generoso, y añade que «sobre este punto los enfermos son todos muy dóciles.»

Este dicho nos servirá de transición para pintar un poco la vida mundana y gastronómica que se lleva en Aix, y que no deja de influir en los resultados de la cura. Un tratamiento cuyas primeras consecuencias son de obligar al enfermo á una higiene suculenta, á un régimen vigoroso bastaria para explicar la alta prosperidad de Aix; pero además en ninguna parte podria seguirse mejor que

en ese hermoso país de la Saboya, donde los lagos y los rios suministran la pesca mas exquisita, y donde todas las variedades de la caza desde la perdiz y la liebre hasta el oso y la gamuza procuran una de las



El salon de baile del Casino, en Aix.

desarrollo de la cavidad pectoral pueden prevenir la formacion de los tubérculos pulmonares funestos accidentes que son tan de temer en las personas de ese temperamento.



Los bebedores de agua.



Los asnos de Aix.

bases más sólidas del tratamiento local. La superioridad del ganado es allí cosa reconocida; lo demás es lo mismo; hay ricas legumbres y frutas, y sobre todo un vino de mucho color y mucha fortaleza.

Y esta excelente vida material es sumamente barata; el servicio de las fondas es muy bueno, y el trato es el mejor, pues por todas partes se encuentran esas francas fisonomías, imágenes de la sinceridad y de la excelencia del alma que son el tipo, casi general, de esa vigorosa raza de los Alpes.

A mayor abundamiento se ha introducido en Aix un lujo de goces mundanos y de civilización que no le cede en nada a los esplendores de ninguna capital. Bailes y reuniones, conciertos y espectáculos se suceden sin interrupción. Aquí es el lugar de abrir las puertas de ese sitio encantado que llaman *el Casino*. A juzgar solamente por el *salon de baile* que se ve representado entre nuestros dibujos, se podrá conocer la verdad de nuestro adjetivo. Este Casino de Aix es uno de los primeros de la Europa. Encuéntrase en él salones de baile, de juego, de conversación, de concierto, de lectura, todo amueblado con el mayor lujo. Nadie podría creerse a la falda de los Alpes, en un país rudo y primitivo, si la naturaleza, con una de sus mágicas pinceladas, no transformase un instante después a los ojos de los enfermos y de los viajeros, el espectáculo de tantas fiestas en otra escena no menos digna de admiración aunque gratuita, el diorama de una hermosa llanura cubierta de largas alamedas que terminan en un horizonte de nevados picos.

En ese espléndido establecimiento hay dos bailes y dos conciertos por semana. Además ya en el Casino ó ya en el paseo de la ciudad se oye una excelente banda de música, la de los *caballos ligeros* del Piamonte. Su fama es proverbial; ha que apresurarse a oírlo, como decía el rey de Cerdeña Carlos-Manuel IV en el momento de la revolución francesa: «*Los que quieran reinar tienen que andar de prisa.*»

El paseo está en una llanura cercada de huertas, con hermosas calles de plátanos y castaños. — Una de las curiosidades de Aix, es con el templo de Diana, el arco de Campanus, y el palacio del marqués de Aix, un personaje ilustrado no sé por qué, por la gracia de Alejandro Dumas.

No puedo pasar en silencio los asnos de Aix, que tantos servicios hacen como vehículos higiénicos. Sus pacíficas costumbres, la seguridad y dulzura de su paso, y su mucho aliento les hacen preciosos y á veces indispensables para las correrías por las montañas. Por eso son muy estimados, y muy recomendados por los médicos a los enfermos.

Peró lo que constituye las delicias de la residencia en Aix, es la magnificencia de sus contornos. ¿Dónde hallar paseos que puedan sostener la comparación con el viaje de Ginebra, el de Chamounix, y los del Monte Blanco, la Cartuja, Chambéry, Annecy, el lago del Bourget, sin contar tantos castillos, ruinas, cascadas y monasterios?

Aix dista apenas una jornada de la más lejana de estas maravillas. Pero aquí nos limitaremos á decir dos palabras del contorno inmediato de esta ciudad privilegiada.

Primeramente tenemos el admirable lago del Bourget, cuyo puerto principal está á diez minutos de la población y es el objeto favorito de los paseos de los bañistas. Dominado por el Monte del Gato que atravesó Anibal, según la tradición, cuando marchó sobre Roma en 229 antes de Jesucristo, esa sábana azul se extiende longitudinalmente entre dos hileras de crestas descarnadas que corren á pico en una extensión de muchas leguas. A pesar de su limpidez, la calma aparente de esas aguas surcadas sin cesar por elegantes esquifes y vaporcillos de Lyon y del Alto Ródano, se hallan sujetas á borrascas repentinas tanto más peligrosas cuanto que es difícil hallar un punto para saltar en tierra.

En las noches de verano, las recorren barquichuelos misteriosos de los que se eleva un ruido de instrumentos y de voces diciendo al cielo y á los ecos de la montaña unas veces los versos de Lamartine, otras los cánticos de la Italia. Si, el nombre de Lamartine y el de Elvira son ya hoy y serán inseparables de este lago.

Yo también humilde escritor me embarqué en él acompañado de dos amigos, no como Lamartine en una tarde tempestuosa, sino en una admirable mañana de primavera. Ibamos á Alta-Combe, el panteón solemne y poético de los reyes de Cerdeña. Alta-Combe es un monasterio fundado de tiempo inmemorial sobre la orilla Oeste del lago á la entrada de un alto valle que aparece como un oasis de verdura en los flancos silvestres y áridos de la montaña que ciñe el lago. Alta-Combe es el primer paseo de los bañistas de Aix. Devastado como los de Francia en 1793, este convento de benedictinos fué restaurado espléndidamente por el penúltimo rey del Piamonte que allí reposa, acompañado del caballeresco é infortunado Carlos-Alberto. Yo ví Alta-Combe que es un edificio gótico y romántico si los hay, pero de construcción demasiado reciente. Los monjes que son nueve, tienen por misión estudiar, contemplar, velar y rezar sobre las tumbas de los soberanos cuya guarda les está encomendada. Viven de rentas modestas, y de los productos de la tierra, y dan á los forasteros una hospitalidad verdaderamente cristiana.

Ahora quisiera conducir al lector á Chambéry y á las Carmelitas; quisiera hacerle como me hicieron á mí los honores de esa ciudad elegante, pacífica, reli-

giosa, aristocrática tan llena de recuerdos; quisiera enseñarle el jardín de las Carmelitas, donde me parecía ver á Rousseau tomando el café después de su comida, pero esto me haría entrar en detalles que alargarian demasiado este artículo.

Huyamos pues de Chambéry y encontraremos al ménos ese terrible paso de las *Escaldas* situado á una distancia igual de Chambéry y del puente de Beauvoisin, frontera de la Francia y de la Saboya que se ve representado en uno de nuestros grabados. Un riachuelo que corre cerca de este paso sombrío forma allí junto una hermosa cascada.

La hermosa lámina que ofrecemos al público del retrato ecuestre del rey del Piamonte, Victor-Manuel, está suficientemente motivada en esta imperfecta monografía de las aguas de Aix por la visita que hizo últimamente el joven soberano á la población termal, donde fué recibido con una efusión de buen agüero para la duración y prosperidad de su reinado.

F. M.

ELVIRA Y LUISA.

(Continuacion.)

Luis continúa de una bondad admirable, su amor es activo y mi ternura es abstracta; es muy dichoso, coge solo las flores sin pensar en los esfuerzos de la tierra que las produce. ¡Envidiable egoísmo! Cuéstemelo lo que quiera, me presto á sus ilusiones como una madre se sacrifica para proporcionar un placer á su hijo, esto según las ideas que me he formado yo de las madres. Su gozo es tan profundo que le cierra los ojos y lanza sus reflejos hasta mí; le engaño con la sonrisa de satisfacción que me causa la certidumbre de hacerle dichoso. El nombre de amistad que le doy es nuestro interior es «hijo mio.» Espero el fruto de tantos sacrificios, que serán un secreto entre Dios, tú y yo.

La maternidad es una empresa que, según mis cálculos, me debe mucho hoy, temo que no me lo pague todo; á ella tengo encomendado el desplegar mi energía y ensanchar mi corazón, el recompensarme de todo con goces ilimitados: ¡Dios mio! que no quede engañada; mi porvenir entero, y lo que es más aun, mi virtud, dependen del cumplimiento de mis esperanzas.

XXI.

LUISA DE CHAULIEU Á ELVIRA DE LA ESTORADE.

Junio.

Mi querida casada: tu carta ha llegado oportunamente para justificarme conmigo misma de un atrevimiento en que pensaba noche y día. Tengo no sé qué apetito por las cosas desconocidas, ó si se quiere, prohibidas que me alarma y me anuncia en mi interior un combate entre las leyes del mundo y las leyes de la naturaleza. Ignoro si en mí la naturaleza es más fuerte que la sociedad, pero á veces sin querer concluyo transacciones entre esas potencias. Por último, para explicarme claramente, quería hablar con Felipe, sola con él por la noche durante una hora bajo los tilos al extremo de nuestro jardín. Seguramente el deseo es propio de una *muchacha despierta*, nombre que me da la duquesa sonriendo y que mi padre me confirma. Sin embargo, hallo esta falta prudente, pues al recompensar tantas noches pasadas debajo de mi balcón quiero saber lo que pensará Felipe de mi escapatoria y juzgarle en ese momento, esto es, hacer de él mi querido esposo, si diviniza mi falta ó no volverle á ver nunca si no se muestra más respetuoso y tímido que cuando me saludaba al pasar á caballo en los Campos-Eliseos.

En cuanto al qué dirán, ménos arriesgo viéndole de ese modo que dirigiéndole una sonrisa en los salones donde estamos ya hoy rodeados de espías, pues sabe Dios las miradas con que persiguen á una joven de quien sospechan fija su atención en un monstruo como Macumer. ¡Si supieras cuán grande fué mi agitación soñando en ese proyecto, cuánto me ocupé considerando de antemano cómo podría realizarse! Mucho he sentido no tenerlo aquí, pues habríamos charlado algunos ratos perdidos en los laberintos de la incertidumbre y disfrutando por adelantado de todas las cosas buenas ó malas de una primera cita por la noche en la sombra y el silencio bajo los hermosos tilos del palacio de Chaulieu, acibillados por los mil resplandores de la luna. Sola palpitaba diciéndome: «¿A dónde estás, Elvira?» Pero tu carta incendió la pólvora y saltaron mis últimos escrúpulos; lancé por mi ventana á mi adorador estupefacto el dibujo de la llave de la puertecilla falsa del jardín con este billete:

«Se quiere impedir vuestras locuras. Si un día os rompierais la cabeza quitaríais la honra á la persona á quien decis amar. ¿Sois digno de una nueva prueba de estimación y merecéis que se os hable á la hora en que la luna deja en la sombra los tilos al extremo del jardín?»

Ayer noche á la una, en el momento en que Griffith se iba á la cama, la dije:

—Poneos un pañuelo y acompañadme, quiero ir hasta lo último del jardín sin que nadie lo sepa.

Griffith me obedeció sin decir una palabra.

¡Qué sensaciones, Elvira mia! Primero le estuve es-

perando una hora con una angustia encantadora y luego le ví deslizándose como una sombra. Llegado al jardín dije á Griffith:

—No os sorprendais; ahí está el baron de Macumer, y por eso he querido que me acompañeis.

Griffith no me contestó nada.

—¿Qué me queréis? me dijo Felipe con una voz cuya emoción anunciaba que el ruido de nuestros vestidos en el silencio de la noche y el de nuestros pasos le habían turbado profundamente.

—Quiero deciros lo que no se puede escribir, le contesté.

Griffith se fué á seis pasos de nosotros.

Hacia una noche tibia y el ambiente estaba embalsamado por las flores; en aquel instante sentí un loco placer al encontrarme casi sola con él en la dulce oscuridad de los tilos á cuyo extremo el jardín estaba tanto más claro cuanto que la fachada del palacio reflejaba en blanco el resplandor de la luna. Este contraste ofrecía una imagen vaga del misterio de nuestro amor que debe concluir por la brillante publicidad del matrimonio. Después de una pausa consagrada por ambas partes al placer de esta situación nueva para ambos, recobré yo el uso de la palabra.

—Aunque no tema la calumnia, no quiero que volváis á subir sobre ese árbol, le dije señalando el olmo, ni sobre esa tapia. Ya ha durado bastante el hacer vos el estudiante y yo la colegiala; elevemos nuestros sentimientos á la altura de nuestros destinos. Si en vuestra caída os matarais, yo moriría deshonrada...

Le miré y estaba tan blanco como un cadáver.

—Y si os sorprendieran así, continué, se sospecharía de mi madre ó de mí...

—Perdonadme, exclamó con voz débil.

—Pasad por el boulevard, oiré vuestros pasos, y cuando quiera veros abriré mi ventana, pero no os haré correr ni correré tampoco ese peligro sino en una circunstancia grave. ¿Porqué me habeis obligado con vuestra imprudencia á que cometa yo otra y á daros también una mala opinión de mí?

Ví en sus ojos lágrimas que me parecieron la mejor respuesta que habría podido darme.

—Ya debéis creer, le dije sonriendo, que el paso que doy es sumamente aventurado.

Al cabo de un par de vueltas que dimos en silencio bajo los árboles, encontré la palabra.

—Debéis creerme estúpido, me dijo, pero me encuentro tan embriagado de felicidad, que estoy sin fuerza y sin espíritu; con todo, sabed al ménos que á mis ojos santificais vuestras acciones solo porque os las permitís; mi respeto hacia vos no tiene límites; además ahí está la doncella.

—Está para los demás y no para nosotros, Felipe, le dije vivamente.

Amiga mia, me comprendió perfectamente.

—Sé, contestó lanzándome la mirada más humilde, que aun cuando no estuviera, todo pasaría entre nosotros lo mismo que si se hallara delante; si no estamos en presencia de los hombres, estamos siempre ante Dios, y tanto necesitamos nuestra propia estimación como la de los hombres.

—Gracias, Felipe, le dije tendiéndole la mano con un ademán que debéis estar viendo, Elvira. Una mujer, y tomadme por una mujer, se halla dispuesta á amar á un hombre que la ama. Pero nada más que dispuesta, añadí poniéndome un dedo en la boca; no quiero que corazón tengais más esperanzas que las que quiero daros: mi solo pertenecerá al que sepa leer en él y conocerle á fondo. Nuestros sentimientos, sin ser absolutamente semejantes, deben tener la misma extensión y encontrarse á la misma altura. No trato de ensalzarme, pues en las cualidades que podré tener debe haber defectos, y si no fuera así lo sentiría.

—Después de haberme aceptado por servidor, me habeis permitido amaros, dijo temblando y mirándome á cada palabra; tengo más de lo que he deseado primitivamente.

—Pero en resumen, le dije con presteza, vuestra parte me parece preferible á la mia; no me disgustaría cambiar, y este cambio de vos depende.

—Sé cuales son los deberes de un amante, me respondió; debo probaros que soy digno de vos, y teneis derecho para experimentar todo el tiempo que gustéis. ¡Dios mio! ¡podríais anonadarme tan fácilmente si engañase vuestras esperanzas!

—Estoy convencida de que me amais, repuse yo; hasta ahora (y di un tono cruel á esta palabra) sois el preferido, por eso estais aquí.

Entonces dimos otras vueltas hablando, y debo confesar que, dueño ya de sí, mi español desplegó la verdadera elocuencia del corazón manifestándose, no su pasión, sino su ternura, pues supo hacer la demostración de sus sentimientos mediante una adorable comparación con el amor divino. Su voz penetrante que prestaba un valor particular á sus ideas ya tan delicadas, se parecía á los acentos del ruiseñor. Hablaba en tono bajo con esa voz deliciosa que posee, y sus frases se sucedían con una rapidez extraordinaria.

—Cesad, le dije, porque permanecería aquí más de lo que debo.

Y le despedí con un ademán afectuoso.

—Ya estais comprometida, señorita, me dijo Griffith.

—Quizá si estuviéramos en Inglaterra, pero no en Francia, la respondí. Quiero casarme por amor y que no me engañen; eso es todo.

Ya lo ves, querida mia; el amor no venia hacia mí, y he obrado como Mahoma con su montaña.

Viernes.

He visto de nuevo á mi esclavo; se ha vuelto temeroso y ha tomado un aire de misterio y de devoción que me agrada sobremanera; pareceme que está penetrado de mi gloria y de mi poderío. Pero nada, ni en sus miradas ni en sus modales puede permitir á los profanos que adivinen en él ese amor infinito que yo veo. Sin embargo, querida mía, no me siento arrastrada, dominada; al contrario, yo arrastro y domino. Al cabo entro yo también en racionales. Hay dos amores, el que manda y el que obedece, amores distintos que dan nacimiento á dos pasiones distintas también; ¿pueden confundirse estas dos pasiones? Un hombre á quien inspiramos amor ¿es capaz de inspirárnosle á nosotras? ¿Felipe llegará un día á ser mi amo? ¿Temblará yo como él tiembla? Estas preguntas me estremecen. Muy ciego es; yo en su lugar habria encontrado á la señorita de Chaulieu bajo los tilos muy fria, muy coqueta, muy calculadora. No, eso no es amar, eso es jugar con el fuego.

Felipe me agrada como ántes, pero ahora me encuentro serena y á mis anchas. Ya no hay obstáculos: ¡terrible palabra! mi corazón se aniquila y tengo miedo de interrogarme. Hizo muy mal en ocultarme la violencia de su amor, pues me ha dejado dueña de mí; en una palabra, no disfruto de los beneficios de aquella especie de falta. Sí, querida mía, por grande que sea la dulzura del recuerdo de aquella media hora pasada bajo los árboles, encuentro el placer que me dió bien inferior á las emociones que yo experimentaba cuando me decia: — ¿Si vendrá?... ¿si no vendrá?... ¿le escribiré ó no le escribiré?...

Elvira mía, ¿sucederá esto mismo con todos vuestros placeres? ¿Seria mejor diferirlos que disfrutar de ellos? ¿Valdrá mas la esperanza que la posesion? ¿Serán pobres los ricos? ¿Hemos dado las dos una extension excesiva á los sentimientos desarrollando las fuerzas de nuestra imaginacion en grado superlativo? Hay instantes en que esta idea me parte el corazón, ¿sabes porqué? Pienso volver al jardín sin la doncella; ¿hasta dónde iré con mis ideas? La imaginacion no tiene límites y los placeres sí; dime tú, querido doctor con faldas, ¿cómo se pueden conciliar esos dos términos de la existencia de las mujeres?

XXII.

LUIA Á FELIPE.

No estoy contenta de vos. Si no habeis llorado leyendo Berenice de Racine, si no os ha parecido la mas horrible de todas las tragedias, no me comprendéis, nunca podrémos entendernos; concluyamos pues, no nos veamos mas, olvidadme, porque habeis de tener entendido que si no me respondeis de un modo satisfactorio, os olvidaré, volveréis á ser para mí el señor baron de Macumer, ó mejor dicho, no seréis nada para mí, como si jamás hubierais existido.

Ayer en casa de la marquesa de Espard teniais cierto airecillo de júbilo que me ha desagradado soberanamente; pareciais estar seguro de ser amado. En suma, la libertad de vuestro espíritu me espantó y no he reconocido en vos en aquel momento al servidor que deciais ser en vuestra primera carta. Léjos de hallaros absorto como debe estarlo un hombre que ama, prodigabais las agudezas y las gracias. Un verdadero creyente no se conduce así, siempre está abatido ante la divinidad. Si no soy yo un sér superior á las demás mujeres, si no veis en mí la fuente de vuestra vida, soy ménos que una mujer, porque entónces soy simplemente una mujer. Habeis despertado mi desconfianza, Felipe, y hasta el punto que ha cubierto la voz de la ternura; cuando considero nuestro pasado, me hallo con derecho de ser desconfiada.

Habeis de saber pues, señor ministro constitucional de todas las Españas, que he reflexionado profundamente en la pobre condicion del sexo á que pertenezco. Mi inocencia ha cogido antorchas en las manos sin abrasarse: escuchad bien lo que me ha dicho mi jóven experiencia:

En cualquiera otra cosa la duplicidad, la falta de fé, las promesas no cumplidas encuentran jueces que imponen castigos, pero no sucede así con respecto al amor, que debe ser á la vez la víctima, el acusador, el abogado, el tribunal y el verdugo, pues las perfidias mas atroces, los crímenes mas horribles permanecen desconocidos, se cometen entre dos almas sin testigos, y se supone que el callarse está en el interés del asesinado. El amor tiene pues su código y su venganza fuera de las cosas del mundo. Ahora bien, yo he resuelto no perdonar jamás un crimen, y en las cosas del corazón nada puede tacharse de ligero.

Ayer pareciais un hombre seguro de ser amado, y aunque debeis vivir en esta persuasion, seriais criminal á mis ojos si ella os quitara la gracia sencilla que ántes os daban las ansiedades de la esperanza. No quiero veros tímido ni fatuo, no quiero que tembleis con el temor de perder mi afecto, porque esto seria un insulto, pero tampoco quiero que la seguridad os permita llevar ligeramente el peso de vuestro amor. Si no conoceis el suplicio que un solo pensamiento de duda impone al alma, temblad que os le haga conocer. Con una sola mirada os entregué mi alma, habeis leído en

ella, vuestros son los sentimientos mas puros que hayan nacido jamás en el alma de una jóven. La reflexion, las meditaciones de que os he hablado solo han enriquecido la cabeza, pero cuando el corazón lacerado pida consejo á la inteligencia, creedme, la jóven será como el ángel que lo sabe y que lo puede todo.

Felipe, os hago un juramento: si me amais como lo creo, y si un día debo notar la menor flojedad en los sentimientos de temor, de obediencia, de respetuosa espera y de deseos sumisos que me anunciabais; si un día debo notar la menor disminucion en ese primero y tan hermoso amor que de vuestra alma ha pasado á la mía, no os diré una palabra, no os incomodaré con una carta mas ó ménos digna, no diré nada, Felipe; me veriais triste como las personas que sienten que llega la muerte para ellas; pero no moriria sin estampar en vos la mancha mas horrible, sin haber deshonrado del modo mas vergonzoso á la que amabais, y sin haber plantado en vuestro corazón un remordimiento eterno, pues me veriais perdida en la tierra á los ojos de los hombres, y acaso maldita para siempre en la otra vida.

Así no me hagais celosa de otra Luisa feliz, de una Luisa amada santamente, de una Luisa cuya alma se dilata en un amor sin sombra, y que poseyera segun la sublime expresion del Dante,

Senza brama, sicura ricchezza.

Habeis de saber que he hojeado su *Infierno* para adquirir en él la mas dolorosa de todas las torturas, un terrible castigo moral al que reuniré la eterna venganza de los cielos.

Con vuestra conducta de ayer habeis deslizado en mi corazón la hoja fria y cruel de la sospecha. ¿Me comprendéis bien lo que os digo? He dudado de vos, y he padecido tanto que no quiero tener mas dudas. Si hallais que mi esclavitud es demasiado dura, libertaos de ella, no me enfadaré por eso. ¿Por ventura ignoro que sois hombre de talento? Reservad, pues, todas las flores de vuestra alma para mí, apagad el brillo de vuestros ojos delante de la gente, y jamás os pongais en el caso de recibir una lisonja ni un elogio de quien quiera que sea. Venid á verme cargado de odio, despues de haber excitado mil calumnias, mil desprecios, venid á decirme que las mujeres no os comprenden, que pasan á vuestro lado sin veros, y que ninguna de ellas os podria amar; entónces sabréis lo que hay para vos en el corazón y en el amor de Luisa. Nuestros tesoros deben hallarse enterrados tan hondamente, que el mundo entero pueda pasar sobre ellos sin sospechar que existen.

Si hubierais sido un hombre hermoso, nunca sin duda hubiera parado mi atencion en vuestra persona, ni hubiera descubierto en vos el mundo de razones que da nacimiento al amor, y aunque esas razones nos son desconocidas, lo mismo que ignoramos como el sol hace nacer las flores ó madurar los frutos, sin embargo, entre ellas hay una que sé y que encanta mi alma. Vuestro sublime rostro no tiene su carácter, su lenguaje, su fisonomía sino para mí; yo sola tengo el poder de transformaros, de haceros el mas adorable de todos los hombres; no quiero pues que vuestra inteligencia se escape á mi dominio, no quiero que se revele á nadie, así como vuestros ojos, vuestra boca encantadora y vuestras facciones no deben tener nada para nadie. Yo sola quiero encender la luz de vuestra inteligencia, y yo sola inflamar vuestras miradas. Continúad siendo aquel frio y desdeñoso grande de España que erais ántes, cuando pareciais una dominacion salvaje destruida en cuyas ruinas nadie se aventuraba: todos os contemplaban de léjos, y hé aquí que ahora abris bonitos caminos por donde todos entran y os haceis un parisense notable. ¿Habeis olvidado mi programa? Vuestra alegría demostraba muy claro que estais enamorado, y sin mi mirada habriais declarado en medio del salon mas perspicaz, mas átonico y mas inteligente de Paris, que Armada-Luisa-Maria de Chaulieu despertaba en vos la agudeza y la gracia. Os creo demasiado grande para mezclar la menor astucia de la política en nuestro amor, pero si no tuvierais para conmigo la sencillez de un niño os compadeceria con toda mi alma.

A pesar de esta primera falta sois aun el objeto de una admiracion profunda para

LUIA DE CHAULIEU.

XXIII.

FELIPE Á LUIA.

Cuando Dios ve vuestras faltas, ve también nuestro arrepentimiento; tenéis razón, mi querida soberana. Conocí que os había incomodado sin poder penetrar la causa del enojo, pero ya me lo habeis explicado y en la explicacion encuentro nuevos motivos para idolatraros. Vuestros celos me llenan de alegría. Nada hay mas santo ni sagrado que los celos. ¡Oh, mi hermoso ángel guardian! los celos siempre vigilan, y son para el amor lo que el mal es para el hombre, un aviso verídico. Continúad celando á vuestro servidor, Luisa; cuantos mas golpes le deis, mas lamerá, sumiso, humilde y desgraciado, la vara que al herirle le da á conocer también en cuanto le estimais. Pero ¡ay! ¿quién

me agradecerá, si vos no lo haceis, tantos esfuerzos hechos para vencer mi timidez, para superar los sentimientos que habeis creído débiles en mí? Sí, es verdad; á mi cuenta y riesgo tomé el mostrarme á vos tal cual era ántes de amar: en Madrid habia quien celebraba mi conversacion, y quise descubrirlos á vos lo poco que valia. Fué una vanidad, bien castigado estoy. Vuestra última mirada me dejó un temblor que nunca experimentaré, ni aun en medio de mis mayores desgracias; buscaba la causa de vuestro desagrado sin poder hallarla, y me desesperaba por ese desacuerdo de vuestra alma, pues debo obrar por vuestra voluntad, pensar por vuestro pensamiento, ver por vuestros ojos, disfrutar de vuestro placer y sentir vuestra pena, como siento el frio y el calor. Para mí el crimen y la angustia se hallaban en esa falta de simultaneidad en la vida de nuestro corazón que tan hermosa habeis hecho.

— ¡Haberla disgustado!... me repetia despues mil veces como un loco.

Mi noble y bella Luisa, si alguna cosa podia acrecentar mi abnegacion absoluta con respecto á vos, y mi creencia indestructible en vuestra santa conciencia, seria vuestra doctrina que ha penetrado en mi corazón como una luz nueva. Me habeis dicho á mí mismo mis propios sentimientos, me habeis explicado cosas que se hallaban confusas en mi espíritu. ¡Oh! si pensais castigar así, ¿cuáles serán pues las recompensas?

Pero no ignorais que el haberme aceptado por servidor bastaba para colmar mis deseos; me habeis infundido una vida inesperada; mi aliento no es inútil, mi fuerza tiene un empleo, aun cuando solo fuera el de sufrir por vos. Os lo he dicho y os lo repito aquí, siempre me encontraréis lo mismo que era cuando me ofrecí como un servidor humilde y modesto. Si, estariis deshonrada y perdida como decís que podeis estarlo, y mi ternura con vuestras desgracias voluntarias se aumentaria; yo curaria las llagas, yo las cicatrizaría, yo convencería á Dios con mis plegarias de que no sois culpable y que vuestras faltas son ajenas... ¿No os he dicho que os profeso los sentimientos tan distintos que deben hallarse en los corazones de un padre, de una madre, de una hermana y un hermano y que ante todo soy para vos una familia, todo y nada, segun vuestros deseos? ¿Y no sois vos quien ha encarcelado tantos corazones en el corazón de un amante? Perdonadme, pues, si de tiempo en tiempo soy mas amante que padre y hermano, cuando sabeis que detrás del amante hay siempre un hermano y un padre.

¿Si pudierais leer en mi corazón cuando os veo hermosa y resplandeciente, serena y admirada en el fondo de vuestro carruaje en los Campos-Eliseos ó en vuestro palco en el teatro! ¡Ah! si supierais cuán poco personal es mi orgullo al oír un elogio arrancado por vuestra hermosura y cuánto amo á los desconocidos que os admiran! Cuando por acaso alegráis mi alma con un saludo, me quedo á la vez humilde y arrogante, me vuelvo regocijado y mi alegría deja en mí mismo un largo rastro luminoso, mi alegría brilla en el aire que respiro, y sé mejor que ántes que la sangre que hierve en mis venas es toda vuestra. ¿No sabeis pues cuanto os amo? Despues de haberos visto mucho en mi gabinete, donde vuestro retrato lo eclipsa todo, cuando sale movido por el resorte que debe hacerle invisible á todas las miradas; entónces me lanzo en el infinito de esta contemplacion, y doy allí rienda suelta á mis ilusiones. Desde lo alto de los cielos descubro el curso de toda una existencia que me atrevo á esperar. ¿Habeis oído alguna vez en el silencio de las noches ó á pesar del ruido del mundo una voz que resuena en vuestro oído? ¿Ignorais las plegarias sin fin que se os dirigen? A fuerza de contemplaros en silencio he concluido por descubrir la razon de todas vuestras facciones, su correspondencia con las perfecciones de vuestra alma, y entónces compongo en español sobre el acuerdo de vuestras dos naturalezas muchos versos que no conozco, que no veréis porque siempre son inferiores al argumento. Mi corazón siempre se halla tan absorbido en el vuestro, que ni un segundo paso sin pensar en vos, y si cesareis de animar así mi vida, no sé lo que seria de mí. ¿Comprendéis ahora, Luisa, qué tormento ha de ser para mí el haberos causado un disgusto bien involuntario, y no poder adivinar su razon? Esa hermosa vida doble estaba suspendida y mi corazón sentia un frio glacial. Por último, en la imposibilidad de explicarme ese desacuerdo, pensaba no ser amado ya, y volvía bien tristemente pero contento aun á mi condicion de servidor, cuando llegó vuestra carta que me ha llenado de alegría. ¡Oh! reñidme siempre así.

Luisa, perdonadme esta falta ajena de mi voluntad; yo no he cambiado, os entrego la llave de mi carácter con una sumision de esclavo, pero, querida Luisa, no caeré en otra falta. Haced porque la cadena con que me atais se halle siempre bastante tirante para que un solo movimiento diga vuestro menor deseo al que siempre será

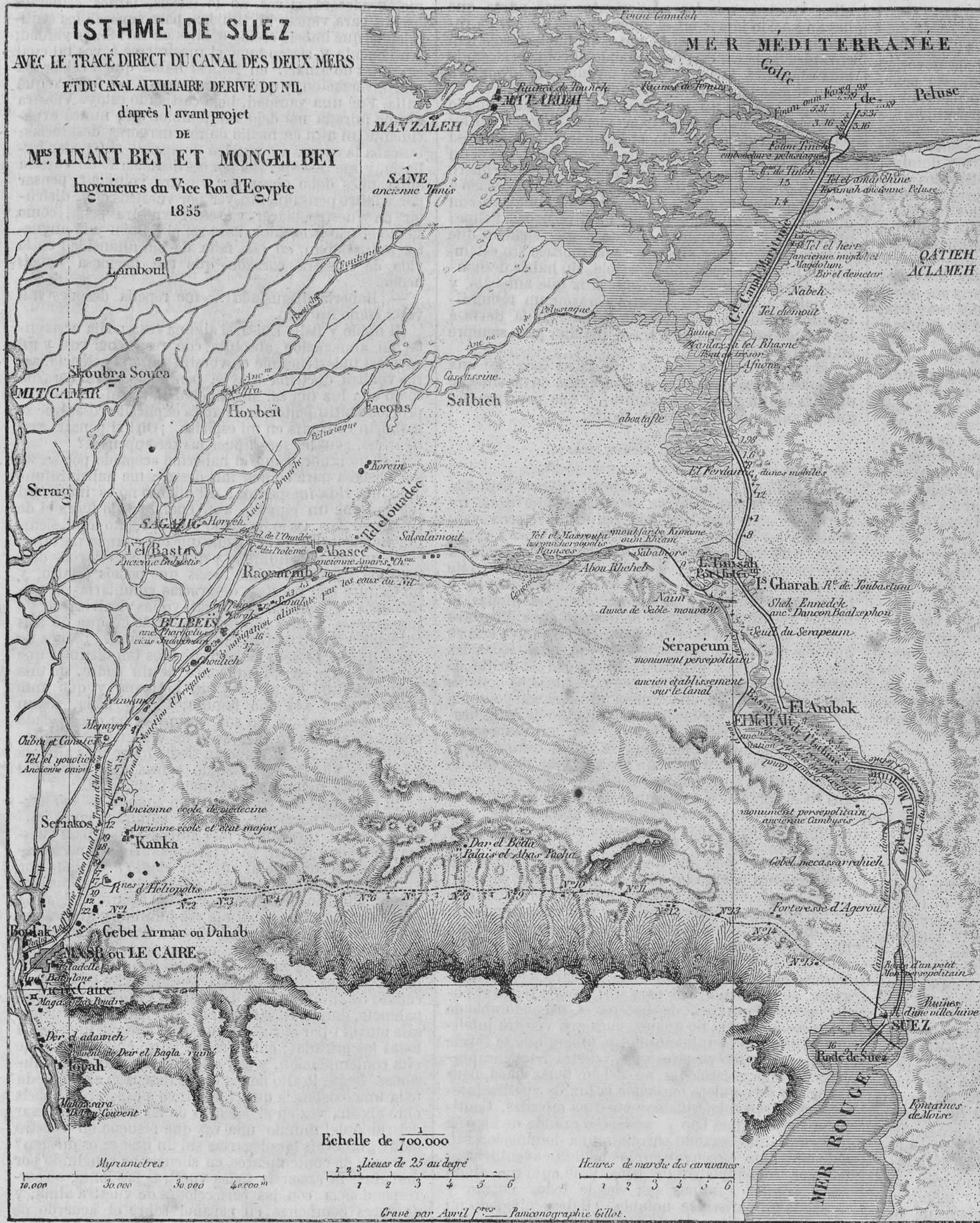
Vuestro escavo,

FELIPE.

(Se continuará.)

El istmo de Suez.

En nuestro número 114 hemos entrado en varios pormenores y observaciones sobre la travesía del istmo de Suez,



26, esclusas de detencion con el objeto de mantener, en la extension del canal, una sobre-elevacion de dos metros sobre el nivel de las aguas bajas de los dos mares, por medio de las mareas del mar Rojo. Los ingenieros del virey, al presentar en su proyecto este sistema conforme con los datos generales hasta el dia, se reservan examinar en su proyecto definitivo, si, segun la opinion de ingenieros los mas experimentados, no habrá medio de suprimir los estanques de retencion, y mantener solamente la profundidad de los canales por medio de dragas;

27 y 28, pasaje de las caravanas del Cairo al Sinaí ó á la Meca;

29, entrada del canal en Suez; fano, esclusas y muelles de 3,000 metros;

30, receptáculo proyectado para el agua del Nilo;

31, receptáculo para el agua llovediza;

32, antiguos receptáculos para las aguas de las pendientes del Ataka;

33, fuerte y pozos del Hadje-rout;

34, estacion número 15. Ultima parada del camino del Cairo á Suez;

35, pozos de Suez;

36, camino de Suez al Cairo;

37, Gebel (monte) Ataka. Se observa en sus quebrados la formacion de diferentes capas calcáreas, las cuales están separadas por unos bancos de arcilla. Las ultimas capas de la eminencia están formadas de asperones aconchados;

38, Gebel Avvebet;

39, Gebel Chebrevvet;

40, Gebel Thieh, al Este de Suez, de formacion calcarea como el Ataka. Las principales vertientes de esta cadena está en el Norte, hácia Catich y el monte Cassius; en el Norte-Noreste, hácia el mar Muerto; en el Este y al Sud, hácia el valle de Acuba y el monte Sinaí;

41, canal de agua dulce derivado del Nilo, el cual debe abrirse á través del Ouadé Tomilat, la antigua tierra de Gesen de la Biblia, en donde José vino de Heliopolis en busca de su padre Jacob llegado del país de Canaan. (Génesis, capítulo XLVI, v. 34 : « Diréis á » Faraon : vuestros servidores han » sido pastores desde su infancia » hasta ahora, para poder vivir » en la tierra de Gesen »). Gesen en hebreo, y Guech en árabe, quieren decir pastos, y aun ahora lo es para muchas tribus de árabes pastores;

42, Raz-el-Ouadé (cabeza ó embocadura del valle) el Pitom de la Biblia, que significa igualmente en hebreo cabeza ó embocadura (Exodo, cap. 1º, v. 11);

43, Tell Masrouta. — Vestigios del Rhamsés de los Faraones y de la Biblia. — Herópolis de los Ptolomeos. — A este lugar le llaman hoy los árabes Abou-Richeb (el Padre de la estatua). — Todavía Rhamsés II (el gran Sesóstris) en buen estado de conservacion.

44, Tell Maafer. — Socoth de la Biblia. — Primera estacion del pueblo de Israel, partido de Rhamsés, bajo la direccion de Moisés. (Exodo, cap. XII, v. 37.) Los árabes le llaman Om Rihiam (Madre de las tiendas), y la tradicion ha conservado la significacion de Socoth, que en hebreo quiere decir tiendas.

45, Tell Naim.

46, Etham de la Biblia. Segunda estacion de Moisés y de su pueblo en el extremo del desierto. (Exodo, cap. XIII, v. 17.) La tribu de los árabes que actualmente viene á acampar en este sitio, en la estacion de los pastos, se llama los Ethami.

47, Rouchet-el-Bouze (en árabe había ó bosque de los Rosales). Es el Pit-Hariot de la Biblia, con la misma significacion en hebreo. — « Estando Moisés en Ethoum, le mandó » Dios que se volviese y campase ante Pit-Hariot, que está » entre Magdal y el mar, frente Baal Zefon. » (Exodo, cap. XIV, v. 2.)

48, tumba del cheik Ennedec (Baal Zefon).

49, Bir Marra (Pozos amargos). El Marra de la Biblia en donde, despues del pasaje del mar Rojo y tres dias de marcha en el desierto del Sur, Moisés hizo detener á los israelitas. (Exodo, cap. XV, v. 23.) « No podian beber por- » que las aguas eran amargas; por lo cual se llamó este » lugar Mara (Amargura). Tiene la misma significacion en » árabe. »

La tradicion local ha conservado el medio que Dios inspiró á Moisés para hacer las aguas potables. M. Linant ha visto muchas veces á los beduinos del Sinaí emplear el fruto del alcaparro, ó las ramas de un arbusto llamado assaf, para corregir el gusto salobre de las aguas.

esa empresa gigantesca de un interés tan grande para tantas naciones. Hoy añadimos un mapa y un dibujo cuyas explicaciones se hallarán en las líneas siguientes :

Largo del canal de A á B, 120 kilómetros; ancho, 100 metros; profundidad, 8 metros. El nivel de los dos mares es igual, con bajas mareas. Estas en Pelusa son poco notables; en Suez tienen 1 metro 80 á 2^m,50.

La distribucion de gastos para todos los trabajos del gran canal secundario de alimentacion y comunicacion interior derivado del Nilo, ha sido valuada en 160 millones de francos.

- 1, entrada del canal, fano y muelles de 6,000 metros;
- 2, esclusas de tránsito y caza;
- 3, estanque y remanso de amarra y vuelta;
- 4, Tell-el-Omarein-on-Faramah, ruinas de Pelusa,
- 5, castillo de Tinch;
- 6, lago Menzaleh;
- 7, kantarrah (puente) del Kasné, camino de la tierra de Canaan (Palestina) para ir á Egipto;
- 8, Salieh;
- 9, Ras-Caseroum, cabo Cassius de los antiguos;
- 10, Katieh;
- 11, Bir-el-Boury (sexto campamento de la comision de exploracion, el 9 de enero de 1855);
- 12, ruinas de Magdalum (Magdal de la Biblia);
- 13, suelo del Guisr y vestigios del antiguo canal principiado por Necos;

14, lago Timsah, destinado para servir de puerto interior. Esta represa formaba los límites del mar Rojo en tiempo de Moisés. Recibe el agua por las grandes inundaciones del Nilo, y entra en ella por el valle Tomilat, la fértil tierra de Gesen de la Escritura. En la parte occidental del lago, los árabes aprovechan todavía algunos cultivos. Al Este hay algunos montecillos de naturaleza calcárea, y sobre uno de ellos está la tumba del sheik Ennedec, al pié del cual se extiende una llanura de casquijo, conchas y arenas sólidas;

15, casa de los ingenieros;

16, terreno del Serapeum, segundo monumento persopolitano, probablemente consagrado por Dario á la primera ejecucion del canal de los dos mares que le atribuye Herodoto;

17, vestigios y embocadura del antiguo canal y ruinas de los antiguos establecimientos;

18, lago del istmo, ó antiguo golfo del mar Rojo, llamado Lagos amargos, terreno hoy dia seco, cubierto de capas salinas, mariscos y depósitos del mar, que presenta sobre la extension de la línea del Norte al Sur, una profundidad de 8 á 10 metros bajo el nivel del mar;

19, monumento persopolitano, Cambyses;

20, primer campamento de los señores Ferd. de Lesseps, Linant-Bey, Mongel-Bey y Aivas, en 31 de diciembre de 1854;

21, Tell-el-Klesmeh, el antiguo clisma de Ptolomeo;

22, Suez;

23, cementerio europeo;

24, fonda de los viajeros de la India;

25, lago de detencion;



Vista panorámica del istmo de Suez y del canal de los dos mares, según el proyecto de MM. Linant-Bey y Mougel-Bey, ingenieros de S. A. Mo^{ll}ammed-Said, virrey de Egipto.

El secreto de la Bianetti,

POR HAUFF.

(Continuacion.)

Por esa época veíamos á menudo á un caballero á quien yo habia llamado la atencion en los conciertos, y que en las visitas que hacia á mi padre le traia dinero. No me agradaba verle, y al contrario me inspiraba una repulsion instintiva.

El día que cumplí los quince años mi padre me llamó aparte y me dijo:

— Fífina, no tienes un cuarto y no eres nada; yo nada te doy y nada te pido; además, bastante tengo con los otros. Titina (era mi hermana Cristina) ocupa ya tu puesto de niña-fenómeno; lo que posees, que es tu bonita voz, me lo debes á mí, y Dios mediante á su beneficio ganarás tu vida. Entretanto tu tío de Paris te ayudará, y á petición mia quiere ya recogerte en su casa.

— ¿Mi tío de Paris? exclamé yo asombrada, pues jamás habia oido hablar de ese pariente desconocido.

— Sí, tu tío de Paris, fué la respuesta; puede venir de día en día, y ahora véte á gobernar los negocios caseros.

No necesito decirlos cuán dichosa me creí entónces; estuve á punto de saltar al cuello de mi tirano.

Tres años hace ya que pasó todo esto, y aun lo tengo todo en la memoria como si hubiera sido ayer. La alegría de dejar la casa de mi padre político, la alegría de ver á un pariente que tendria lástima de mí, y en una ciudad como Paris, todo eso me trastornaba la cabeza; estaba embriagada de impaciencia, y á cada coche que pasaba por la calle corría á la ventana para saber si en él venia mi libertador.

Por fin una noche se detuvo un carruaje á nuestra puerta.

— Fífina, ahí está tu tío, gritó mi padre.

Corro por la escalera abajo, abro los brazos para arrojarme á los de mi salvador... ¡Horrible momento! ¡era el hombre de los cabellos canos, el hombre del dinero!

A su aspecto me quedé atónita; sin embargo no olvidaré jamás la alegría infernal que brilló en los ojos del forastero cuando me encontró tan crecida y bien desarrollada. Aun estoy oyendo su voz chillona que me desgarró los oídos.

— ¡Qué bonita estás, Fífina!

Me cogió con una mano, y con la otra arrojó sobre la mesa un taleguillo de dinero que se abrió y dejó escapar una lluvia brillante de monedas de oro y plata; los niños y mi padre lanzaron gritos de alegría, y se bajaron á recoger aquel oro infame...

Al otro día marchábamos en direccion á Paris. Mi compañero (no pude violentarme hasta el punto de llamarle mi tío) no cesaba de decirme que yo iba á representar en sus salones un papel brillantísimo, y despues me hacia recomendaciones en las que mi inocencia no comprendia nada. Pero estaba alarmada, y aquellas hermosas promesas no lograban calmarme. Mi alegría y mi felicidad se habian cambiado en una tristeza indecible; sentia que me amenazaba alguna gran desgracia. Por último, el carruaje despues de haber atravesado unas calles muy anchas, se detuvo delante de una casa brillantemente iluminada, donde todo tenia un aire de fiesta; las escaleras estaban cubiertas de flores y de alfombras; los aposentos lujosamente amueblados.

A la otra noche hubo una reunion en aquel palacio para oirme; yo canté y hablé largo tiempo con un jóven, cuya fisonomía gastada manifestaba sin embargo la bondad y despertaba las simpatías. Allí le llamaban el señor marqués. Yo respondí á sus cumplimientos sobre mi talento musical con la narracion del cruel aprendizaje á que le debia. Me interrogó detenidamente, le conté la muerte de mi madre, y le hablé de la intencion del que habria debido amar como á un tío y contra el cual sentia una repulsion invencible que yo calificué de ingratitud. Me oyeron con interés, y me dijeron que tuviera paciencia que en breve mi porvenir se me mostraria con colores mas risueños.

Tomad este billete, doctor, al que debo poder miraros hoy sin sonrojarme. En aquella misma noche de la escena que acabo de referir, le hallé dentro de un panecillo que me sacaron en la cena. Nunca volví á ver al hombre que me le envió; ignoro cuales fueron sus designios, pero de todos modos no le olvido jamás en mis oraciones. Hé aquí lo que me escribian:

« Señorita:

» Os engañan; la casa que habitais es una casa sospechosa; estad prevenida que yo pondré remedio. »

Y sin firma.

Esto fué una terrible revelacion que estuvo á punto de volverme loca, pues de un golpe demasiado brusco habian desgarrado á la vez mi inocencia infantil y mis sueños de un porvenir dichoso y sin alarmas. ¿Qué debia hacer? El miserable que me habia llevado á aquella casa era para mí uno de aquellos genios maléficos de que me hablaba mi nodriza en sus cuentos nocturnos. Parecíame que aquel hombre debia leer hasta los menores pensamientos en el fondo de mi corazon; quizá sabia ya que existia en mi poder el billete, y de ningun modo podia ni queria permanecer un instante mas en aquella casa.

Una ventana de mi cuarto daba á una callejuela desierta, y en una habitacion vecina habia oido yo por la mañana pronunciar palabras italianas y habia distinguido á una jóven; esto era todo lo que sabia, pero me decia que allí iba á encontrar á una compatriota. Este pensamiento me inspiró valor y confianza; me propuse pedir socorro á la desconocida, suplicarla de rodillas que me salvara.

Toda la noche la pasé en la mayor agitacion, y á las seis de la mañana estaba ya vestida. Todo el mundo dormia aun en la casa, hasta los criados; lo único que habia que temer era el portero, mas sin embargo, no vacilé en bajar; el portero se hallaba ocupado en el patio, la puerta estaba entreabierta y en un instante me encontré en la calle.

Mis rodillas temblaban, pero no perdí la cabeza. Algunos pasos mas y estaba en la calle estrecha que se veia desde mi ventana. En efecto, llegué á la entrada de la casa que tenia un portalon muy grande; llamé, salió un criado y le dije que queria ver á la señora de cabellos negros que hablaba italiano. El criado se echó á reir, y me dijo que se trataba sin duda de S. E. la señorita Serafina.

— Ciertamente, le respondí sin saber lo que decia; llevadme adonde está, pues tengo que comunicarla una cosa muy urgente.

— Pero, hija mia, me dijo, ya conoceis que no puedo dejaros entrar.

Sin embargo, tales fueron mis ruegos y tantas mis lágrimas, que este hombre vencido por mis instancias se resolvió á dar parte á la doncella de la señorita. Habíame imaginado yo que la jóven y bonita italiana debia ser de mi rango, y avergonzándome con la idea de contar mi historia á una persona de clase superior se lo iba á decir todo á la doncella, pero no me dieron tiempo para ello. La señorita sabia ya que una jóven que hablaba italiano queria verla, y deseaba saber por qué motivo imploraba yo su proteccion. Introdujéronme, pues, en su alcoba cerca de su cama. Era ella, la hermosa jóven á quien habia oido yo hablar mi lengua materna. Me precipité á sus piés, imploro su apoyo... tuve que contar toda mi vida. Me pareció que se conmovia y me prometió su socorro, y para principiar llamó al criado, le recomendó la mayor discrecion, y le ordenó que me dispusiera un cuartito que daba al jardin. Muchos dias pasé en aquella guardilla leyendo y trabajando, encerrada, contenta, porque estaba á salvo, aunque alarmada por mi porvenir.

La casa en donde me habian recogido con tanta bondad se hallaba habitada por el embajador de una pequeña potencia alemana. La jóven italiana era su sobrina y le estaba confiada para que concluyera su educacion en Paris. Era una criatura suave y afable cuyos beneficios no olvidaré en mi vida. Todos los dias subia á verme y me traia noticias y consuelos. Por ella supe que su tío el embajador habia mandado á sus criados que se informaran de lo que pasaba en casa de mi seguidor. Parece que estaban muy consternados, aunque lo disimulaban. Decian que yo me habia suicidado arrojándome por la ventana. Es de advertir que la mañana de mi fuga dejé abierta la ventana de mi cuarto, y sin duda de aquí nació la explicacion; por lo demás no se atrevieron á buscarme.

Hacia la misma época Serafina debió volverse á Italia y tuvo la bondad de llevarme en su compañía. Aun hizo mas; obtuvo de sus padres que me acogieran en su casa y me dieran maestros, de modo que la debo mi libertad, mi vida, mi talento, mi honra, todo lo mas precioso que una criatura humana posee en el mundo.

En Plasencia conocí al maestro Boloni que parecia amarme, aunque sin embargo no decia nada y hasta huia de mí. Serafina se casó, su madre murió y yo iba á encontrarme de nuevo aislada en el mundo, cuando el director de nuestro teatro que me habia oido cantar en un concierto, me hizo proposiciones de ajuste. Era todo un porvenir, yo acepté con alegría y vine á Gerolstein, donde me acogieron con favor, donde me estimaban; mi vida estaba sin mancha. En un año que hace que estoy aquí no he recibido la visita de ningun hombre, excepto (puedo decirlo sin rubor) excepto de Boloni, que vino aquí hará seis meses, y me confesó su cariño, y la lucha que habia sostenido para sofocarle. En suma, debiamos casarnos en cuanto se realizaran ciertas eventualidades que me permitieran dejar el teatro, pues su carácter celoso se oponia á que yo manifestara en el teatro sentimientos que á su juicio solo á él pertenecian. Esta es mi confesion, doctor; ¿he cometido tan grandes faltas para merecer tan cruel castigo?

Cuando la cantatriz llegó al fin de su relato, el médico se apoderó de su mano con presteza.

— Me congratulo sobremanera de poder contarme en el corto número de personas que os han deseado algun bien en el curso de vuestra triste vida. Mis recursos para servirlos son mas limitados que los de la jóven y buena italiana, pero trataré de ayudarlos á destruir los lazos contra los cuales teneis que defenderos, y á reconquistar la ventura que os falta. Principiaré por ir á ver al atolondrado, y le obligaré á reconciliarse. Pero decidme pues, ¿de dónde es el señor Boloni? me han dicho que no es italiano.

— Me preguntais mas de lo que puedo decir, contestó la jóven ruborizándose; todo lo que sé es que nació en Alemania y que salió de su patria hace diez años por motivos de familia, habiendo vivido en Inglaterra y en Italia.

— ¿Pero porqué no le habeis instruido hace ya tiempo de lo que acabais de contarme?

Giuseppa se sonrojó de nuevo á esta pregunta, bajó los ojos y respondió:

— Sois mi confidente, amigo, y creo que os puedo hablar como habla una hija á su padre. ¿Podia yo contar á un jóven ese horrible pasado? Nunca habria tenido valor para hacerlo; conozco lo celoso que es, y no habria creído en la veracidad de mis palabras.

— Os honran vuestros escrúpulos, hija mia, sois de una naturaleza admirable, y mi viejo corazon se regocija al encontrar en vos los buenos sentimientos que se profesaban en tiempo de mi juventud, pues ahora es de buen tono hacer alarde de ligereza. Pero, hija mia, no lo habeis hecho... el baile de la Redoute... vuestra vuelta á esta casa...

— Teneis razon; doctor, con dos palabras concluyo. Muy á menudo, cuantas veces me acuerdo de mi fuga, doy gracias á la Providencia de que en la horrible casa de mi seguidor hubiesen creído en mi suicidio. Si aquel hombre hubiera tenido la menor certidumbre de mi existencia, habria venido á recobrar su víctima, pues yo le pertenecia; ¡me habia comprado con dinero!... Por este motivo, durante mi residencia en Plasencia, no quise ajustarme varias veces, y eso que era muy grande mi deseo de libertar á mis bienhechores de la carga que se habian impuesto. Temia mostrarme en público. Sin embargo, al año y medio de estar allí, Serafina me trajo una mañana un periódico de Paris donde se decia en los fallecimientos que el caballero de Planto habia muerto.

— ¡El caballero de Planto! interrumpió el médico; ¿con qué así se llamaba el hombre que os robó de la casa paterna?

— A lo ménos ese nombre le daban. Muy tranquila quedé con la noticia, mis últimos temores se disiparon, nada se oponia ya á que me creara una posicion independiente, y en efecto dos meses despues estaba en Gerolstein. La otra noche fui á la Redoute muy alegre y sin ningun presentimiento funesto. Sabia que Boloni asistiria al baile, y yo disfrazada queria divertirme en atormentarle y descubrirme luego. Me estaba paseando en un corredor con la careta en la mano, cuando de repente una voz murmura en mi oido: « Fífina, ¿cómo está tu tío? » Esto fué un rayo para mí; desde que me escapé de las manos de mi verdugo no habia oido ese nombre de tío. Pero no existe semejante parentesco; un hombre se habia engalanado con ese carácter sagrado y era el caballero de Planto. Apenas tuve bastante sangre fria para responder: « Te engañas, » y luego quise alejarme, confundirme entre la muchedumbre, pero el desconocido se apoderó de mi brazo, y me hizo permanecer á su lado.

— Fífina, me dijo, te aconsejo que seas prudente, y que te pases sin miedo conmigo, pues de otro modo declararé aquí en medio de esta gente lo que quieres tener oculto.

Yo estaba anonadada, mas muerta que viva; solo un pensamiento se mantenía en mi cerebro con la tenacidad de la desesperacion, y era el temor del escándalo.

¿Qué podia yo hacer, pobre mujer abandonada, si aquel hombre, cualquiera que fuese, contaba mi pasado á su manera? El público le habria creído. Carlo ¡ay! no habria sido el último en maldecirme. Yo seguia sin voluntad propia al que me arrastraba, que iba murmurando palabras horribles á mi oido; me decia cómo habia arruinado á mi tío, cómo habia causado la pérdida de mi padre, de mi familia.

No pude contenerme mas, me solté de él y pedí mi carruaje, pero al hallarme al peristilo vi al desconocido á mi lado.

— Fífina, me dijo con una risa infernal, tengo mucho que hablarte y me voy contigo.

Sentí que me desmayaba; el movimiento del carruaje me devolvió el sentimiento de la existencia. El enmascarado estaba junto á mí. Al llegar á casa me siguió hasta mi cuarto, y fuera de mí, viendo que mi secreto estaba á punto de divulgarse, di orden de que se fuera á la doncella.

— ¿Qué quieres, miserable? le grité cuando nos quedamos solos; ¿quién te ha dado derecho para insultarme así? ¿qué mal puedes decir de mi persona? Si puse los piés en una casa infame, fué sin saberlo, contra mi voluntad, y salí cuando supe que en ella me esperaba la deshonra.

— Fífina, ménos palabras; págame al instante quince mil francos en oro ó en alhajas, ó sígueme á Paris; sino toda la ciudad hablará de tí mañana.

Estaba exasperada.

— ¿Quién te autoriza á imponerme semejantes condiciones? le pregunté. Cuenta en la ciudad lo que quieras, pero sal al instante de esta casa, ó sino pido auxilio.

Y al decir esto me lancé á la ventana, pero él se precipitó hácia mí, y me tomó por un brazo.

— ¿Quién me autoriza á hablarte así? me dijo; tu padre, amiga mia, tu padre.

Y otra risa sardónica salió de su boca; la claridad de la luz alumbró con un reflejo siniestro dos ojos pardos, penetrantes, que por desgracia me eran muy conocidos. En aquel instante comprendí quien era el que estaba en mi presencia, comprendí que su muerte habia sido mentira, pero la desesperacion me dió una fuerza sobrenatural, y saltando fuera de sus manos quise arrojarme su careta.

— Te reconozco, caballero de Planto, le respondí, y pediré á los tribunales la proteccion que contra tí necesito.

— ¡Oh, paloma mia! ¡esas tenemos!... y en el mismo instante sentí el hierro que penetraba en mi pecho; creí morir del golpe.

El doctor se estremeció, y aunque era bien de día se sentía incómodo, como cuando se habla de duendes por la noche; parecíale oír la risa satánica del desconocido, y creía estar viendo sus dos ojos en el fondo del lecho espionando á su víctima.

— ¿Estais bien persuadida, dijo despues de una pausa, de que el caballero no está muerto, de que él es quien quiso asesinaros?

— Su voz, sus ojos me le hicieron reconocer, pero el pañuelo que os di ayer no me permite ya la menor duda. En él hallaréis las iniciales de su nombre.

— ¿Me autorizais para obrar como lo entiendo? ¿Puedo repetir al juez todo lo que he oído?

— Como gustéis; ahora no tengo otro remedio que seguir ese camino; pero, doctor, ¿iréis antes á ver á Boloni? Se lo contaréis todo, ¿no es verdad? Os creará; él también conoció á Serafina.

— ¿No podeis decirme igualmente el nombre del embajador en cuya casa hallásteis un asilo?

— Sí por cierto; es un baron de Martinoff.

— ¿Cómo! exclamó Lelong con alegría; ¿no es sajón ese caballero?

— Sí; ¿le conocéis? Era embajador de la corte de Dresde en París; ahora le han enviado á San Petersburgo.

— En efecto, ¿qué casualidad tan dichosa! exclamaba el doctor frotándose las manos. Conozco mucho al baron; su señora es de Gerolstein, y tiene muchos bienes en nuestro Estado. Pero desde ayer está aquí, y aun se me figura que vive en la fonda de Portugal.

Una lágrima brilló en los hermosos ojos de la cantatriz; su corazón rebotaba de alegría y de sentimientos piadosos.

— ¡Bendito sea el cielo! dijo, la Providencia está conmigo; ella ha traído aquí á un hombre á quien yo creía muy lejos para que rinda testimonio de la verdad de mis palabras. Id á verle, doctor; ¡ah! ¿porqué no le oír á Carlo? El baron de Martinoff confirmará todo lo que os he dicho.

— Iré, hija mía, iré y Carlo me acompañará. Adios, adios, permaneced tranquila y todo irá bien; sobre todo no olvideis la bebida; dos cucharadas por hora.

— Adios, mi buen doctor, mi mejor amigo, dijo la Bianetti siguiéndole con sus miradas agradecidas. Un peso terrible había caído de su pecho; el porvenir se le presentaba con colores risueños. Por último se durmió en medio de los más bellos sueños.

El baron de Martinoff que conocía á Lelong hacia tiempo, y que aun le debía la vida de uno de sus hijos, le recibió como á un antiguo amigo y le dió los mejores informes sobre la Bianetti. No se limitó á confirmar su narración, sino que ensalzó hasta lo sumo la nobleza de su carácter, la pureza de su alma, y prometió poner en juego toda la influencia de que disfrutaba para combatir los rumores esparcidos contra su reputación y rehabilitarla en la opinión pública.

Y cumplió su palabra. Efectivamente, á su intervención se debió que en pocos días se cambiaron las disposiciones de los círculos hostiles. Los que mas se habían encarnizado contra la Bianetti eran ahora los que mejor hablaban de ella, y sucedió que aun el médico estuvo á punto de parecer un partidario muy tibio de la enferma.

Sin embargo, no había cesado de trabajar. El mismo día de su entrevista con el baron de Martinoff, había subido de los aposentos de honor de la fonda de Portugal hacia el corredor de las guardillas. El maestro vivía en el cuarto n.º 54. El doctor, cuando llegó delante de la puerta, se detuvo un momento, cansado de haber subido tantos escalones. Un ruido particular hirió sus oídos; se habría dicho que dentro de aquel cuarto yacía una persona gravemente enferma. Oíanse gemidos, suspiros profundos, entrecortados de vehementes lamentaciones italianas y francesas, como cuando la impaciencia y la cólera quieren ahuyentar el dolor. Por último, unas fuertes carcajadas servían de transición para otra serie de lamentos. El doctor se estremeció.

— Días pasados, dijo, noté ya que el maestro se hallaba atacado de un principio de locura; ¿si habrá perdido el juicio por completo?

Lelong alzaba la mano para llamar á la puerta, cuando sus ojos se fijaron otra vez en el número que era el 53.

— No faltaba más, exclamó, iba á equivocarme y á dar de hocicos con un desconocido. ¿Pero dónde está el 54?

Dió algunos pasos más y le encontró, y otros sonidos le saludaron probándole que esta vez no se engañaba. Se oía una hermosa voz de bajo que cantaba acompañándose. El doctor entró y se halló en efecto con el joven á quien había visto la víspera en casa de la Bianetti. Por el cuarto se veía una confusión singular de papeles de música, partituras, cuerdas con un violín, varios arcos y una guitarra. El maestro se paseaba en medio de aquel desorden envuelto en una bata negra, con un gorro encarnado en la cabeza, un papel de música en la mano izquierda, y en la otra un palo de director de orquesta. El doctor confesó despues que había tenido la idea de echar á correr al verle.

El joven, sin embargo, le reconoció, y aunque le recibió con un aire sombrío, tuvo sin embargo la urbanidad de echar al suelo un montón de libros y de cuadernos de música para ofrecerle un asiento.

Pero apenas el médico había dicho: Caballero, vengo á... cuando el músico le interrumpió con estas palabras:

— Venís de su casa, ¿no es verdad? ¿Y vuestras canas no se avergüenzan?... no, quiero decir, ¿no os avergüenzais de servir de mensajero á una criatura (se-

mejante?... No, no quiero oír nada; ya se acabó todo para mí; como estais viendo, llevo el luto de mi felicidad; me he puesto mi bata negra, y si teneis alguna noción de psicología debeis presumir que considero á esa mujer como difunta. ¡Oh, Giuseppa, Giuseppa!

El doctor se apercebíó de esta efusión de dolor para exclamar:

— Pero mi querido maestro, oíd lo que tengo que decir.

— ¿Qué oiga? ¿Qué me hablais de oír? ¿Sabes si quiera lo que es oír? Voy á cerciorarme de ello. Sabré si teneis orejas. Anciano, vas á ver lo que es la mujer.

Y al decir esto, el maestro abrió con violencia el piano y se puso á tocar en él; el doctor era poco inteligente y aquella música le pareció como otra cualquiera.

— ¿Oyes, decía el maestro, oyes estos sonidos suaves, cariñosos, tiernos, seductores? ¿Y oyes ahora estas transiciones rápidas, estos arpeggios? ¿no reconoces aquí la naturaleza inconstante, ligera, pérfida de esa criatura que llaman mujer? Oye mas, continuó subiéndose las largas mangas de su bata; ahora está aquí el hombre... ¿qué diferencia!... los acentos son varoniles... ¿qué fuerza!... ¿qué verdad!... nada de impuro se ve aquí... todo es divino, sagrado, en estos acentos armoniosos!...

Y al hablar así golpeaba furioso las teclas, pero el doctor no hallaba ninguna diferencia entre esta música y la otra.

— Sin embargo, dijo Lelong, preciso es confesar que teneis un modo muy particular de pintar las gentes, y ya que estamos en este capítulo, os agradecería que me mostraseis como podria yo distinguir á un miembro de la Academia.

El maestro miró á su interlocutor con aire de desprecio y exclamó:

— Gusano de la tierra (era por lo visto su expresión favorita) ¿cómo te atreves á interrumpir con tu voz desafinada la armonía que salta de mis manos?

El doctor se quedó con la respuesta en los labios porque al mismo tiempo llamaron á la puerta, y un instante despues apareció un jorobado que haciendo dos ó tres reverencias, dijo con mucha cortesía:

— El señor enfermo que está en el número 53 suplica humildemente al señor maestro de música que tenga á bien no meter tanto ruido, y que tenga en consideración que su vecino es de una constitución muy débil, que es muy nervioso y está en visperas de dejar este valle de lágrimas.

— Devuelvo á ese caballero sus cumplimientos y le envío mis respetos, contestó el joven; decidle que se vaya al otro mundo cuando bueno le parezca y lo más pronto posible. En toda la noche me ha dejado pegar los ojos con sus ayes y suspiros, que sin embargo, le perdonaria á no ser por sus imprecaciones y su risa infernal. ¿Cree por ventura ese francés que es el único inquilino de la fonda? Si le incomoda no hago más que pagarle lo que me incomoda.

— Sed indulgente, repuso el jorobado; el infeliz poco incomodará ya y su merced no querrá turbar los últimos momentos de un moribundo.

— ¿Pero tan malo está? preguntó el doctor con interés; ¿qué es lo que padece? ¿quién le asiste? ¿cómo se llama?

— Lo ignoro; yo no soy más que un simple mandadero, creo sin embargo, que se llama Lauzier, y que es francés. Anteayer estaba bueno aun, pero un poco triste, no quiso salir, no manifestaba ningún deseo de ver las curiosidades de la ciudad, y ayer le encontré en la cama, ya muy malo. Parece que tuvo por la noche un ataque de apoplejía. No quiere ver á ningún médico, cuando le propongo traerle uno jura mas que todos los demonios; se cura él mismo y yo supongo que se le ha abierto alguna herida antigua.

En este momento se oyó en el cuarto vecino la voz del enfermo que llamaba á su criado; las maldiciones llovían de su boca; el jorobado hizo tres veces la señal de la cruz y se apresuró á salir del cuarto.

El doctor quiso entonces por segunda vez llegar hasta el corazón del testarudo enamorado, pero este había tomado en la mano una partitura y cantaba en voz baja como sin parar la atención en la visita. Lelong se aprovechó de esta calma y principió á contar la historia de la cantatriz. Al principio el maestro se hizo el sordo, pero poco á poco se puso más atento, y al fin cesó de tatarrear sobre su cuaderno. De cuando en cuando sus miradas se deslizaban de la partitura á la fisonomía del doctor; el brazo que sostenía los papeles cayó á lo largo de la cadera, el ojo no perdía ya un solo de los movimientos del narrador, el interés iba en aumento, los ojos brillaban, y por fin se acercó á Lelong, y cuando este concluía su relato, su auditor presa de la mayor agitación, recorría en todos sentidos el aposento.

— Sí, decía, sí, en todo eso hay un fondo de verdad, una apariencia de verdad, una sombra de verdad. Las cosas han podido pasar de ese modo; pero ¿qué diablo! ¿no podrian ser falsas también? ¿si fuesen un tejido de mentiras?

— Y porqué habeis de dudar así, mi querido maestro? ¿qué diréis si os traigo un testigo que os garantice la verdad de todo?

Boloni le miraba fijamente.

— ¡Ah! doctor, académico, si pudieras hacer eso, te había de poner en un escaparate cubierto de pedrerías. Pero ya tu proposición merece una recompensa extraordinaria. Sí, un testigo... pero ¿quién?... todo es

tinieblas, misterio impenetrable, laberinto sin salida.

— Está muy bien, mi querido maestro, pero repito que tengo un testigo.

— Ponme delante de él, exclamó el otro, y serás mi amigo, mi salvador, mi dios, te bendeciré de rodillas.

— No merezco tanto; y á decir verdad no lo hago por vos. Aquel mismo embajador que recogió á la pobre Giuseppa, y que la dió un asilo, se halla por casualidad en esta fonda en los aposentos del número 6; si quereis poner un frac y una corbata os llevaré á verle: me ha autorizado para que os presente á él y me ha prometido convenceros de la injusticia de vuestras sospechas.

El doctor que quieras que no quieras tuvo que sufrir los abrazos del joven que se hallaba conmovido sobremanera.

— Sois mi ángel bueno, le decía, ¡cuánta gratitud no debo á vuestra intervención sublime! Voy á vestirme y bajo en vuestra compañía.

La reconciliación con el amante apresuró mas la convalecencia de la enferma que todas las píldoras y los medicamentos del doctor. La salud y las fuerzas volvían visiblemente y pronto se halló en estado de recibir vestida las visitas de sus amigos. El juez de instrucción había esperado esta mejoría en el estado de la cantatriz para proseguir la causa. Este juez era un hombre de mérito, de excelente trato en la vida privada, pero como la mayor parte de sus cólegas era también incansable para descubrir á los delincuentes, y el público decía de él que todo el que caía entre sus garras con mucha dificultad se libertaba.

El doctor Lelong le había contado la historia de la Bianetti, y el baron Martinoff se la había confirmado, añadiendo algunos pormenores interesantes. El embajador apoderándose del crimen cometido con respecto á la joven había escrito á París inmediatamente denunciando á la policía la casa infame del caballero de Planto, y no descuidó ningún detalle para demostrar que la pobre criatura había sido vendida á un traficante en carne humana. El establecimiento clandestino del culpable fué cerrado por orden de la autoridad superior, que mandó igualmente hacer informaciones en la campaña. El baron también había sabido la muerte del caballero, pero pensaba como el juez que este fallecimiento no había sido más que una astucia del culpable para sustraerse á la acción de la justicia y continuar en otra parte su horrible comercio. Ambos creían que ese malvado era el autor de la tentativa del asesinato cometido en la persona de la Bianetti, pero era difícil encontrar las huellas del asesino. Los forasteros que había entonces en Gerolstein, se hallaban al abrigo de toda sospecha, según los informes del jefe de la policía secreta. Solo dos circunstancias podían aclarar un poco aquel misterio: la primera era el pañuelo perdido en el cuarto de la Bianetti; si se hallaba otro igual se podía llegar á descubrir al culpable, y por esto todas las costureras y lavanderas que en Gerolstein cosían y lavaban para las fondas habían recibido una descripción exacta y detallada de esta pieza de convicción.

(Se continuará.)

Exposicion Universal de Bellas-Artes.

DE LA PINTURA RELIGIOSA.

Los asuntos religiosos continúan alimentando la pintura de grandes proporciones siendo sin disputa hoy, la tarea más ingrata impuesta al artista. El arte todo de la edad-media y del renacimiento, consagrado casi exclusivamente á la pintura religiosa, se levanta impunemente con su inmensa superioridad. Entonces, cuando el sentimiento religioso ejercía un influjo sin límites, lo bello y lo sublime contribuían á la obra del artista, el cual, tomando sus concepciones en el dogma y la ortodoxia, no hacia más que dar una forma al pensamiento de todos. En nuestros días, si quiere escuchar la inmensa voz del pueblo, é interrogar su siglo, ¡cuántos ecos vagos ó discordantes le responderán! ¿Cómo hallar en su poderosa unidad la inspiración que le ponga en comunión de ideas ó impresiones con el mundo de su tiempo? Tan poco sabe donde hallarla, que por miedo de tropezar con la incertidumbre ó complejidad de la idea, se ve obligado, para llegar á la ortodoxia, á retroceder siglos enteros, y tomar el ascetismo de las pinturas al siglo XIII y su disciplina eclesiástica á los principios del XVI; y para mayor ilusión llega hasta imitar la timidez, insuficiencia y torpeza de sus obras, horrando así la vida para no dejar brillar más que el simbolismo. Para esta época religiosa Rafael es un genio pagano; con él se precipita la decadencia de la pintura cristiana, y forma por decirlo así, una época nefasta que es preciso no atravesar. El culto estético de los tiempos que le precedieron es conocido con el nombre de *preraphaelismo*; en saliendo de ahí se sale de la Iglesia, y no hay salvación posible.—Este género de pintura ha tenido sus adeptos, habiendo recibido muchos templos adornos monumentales ejecutados bajo la influencia de ese espíritu, que se manifiesta allí, tanto mejor cuanto que la idea religiosa de nuestros tiempos, impotente para producirse en la pintura, no ha sabido siquiera formularse en arquitectura. En todas las iglesias que se construyen en el siglo XIX se trabaja sobre lo viejo, es decir, que el arquitecto se entretie-

ne puerilmente en hacer modernos vestigios, y por lo tanto es natural que coloque en sus iglesias de arquitectura ojival las pinturas que reflejan á Giotto, Oregna ó fray Angelico. ¡Pero dejemos á los muertos! pues el arte que vuelve á su origen es un arte vencido y confeso de impotencia.

En direccion opuesta se ven algunas tentativas para reflejar el sentimiento moderno con relacion á la idea cristiana. *El Cristo consolador* de M. Ary-Scheffer es, en su género el cuadro del siglo. Ya no son el dogma puro, el simbolismo, y los cánones de la iconografía tradicional los guias que escoge el pintor, sino mas bien el sentido filosófico ó el poético. — La obra notable de M. Glaize, *la Picota*, es, en este sentido, una pintura cuya impresion religiosa, bien que bajo un punto de vista humano, es mas real que la de muchos cuadros de asuntos sagrados. En defecto de la idea filosófica ó poética, puede todavía, el que no quiere trabajar sobre el arte retroactivo, cautivar la atencion, echando sobre los objetos que trata un tinte sentimental ó elegiaco. De este modo concibió el difunto Prouhot su Niño Jesus, que puede tambien citarse como una de las buenas pinturas religiosas bajo el punto de vista moderno. — En fin lo que parece probar mejor la vaga religiosidad de nuestro época; son esas pinturas impresas de una elegancia enteramente mundana como las que se escogen para colocar en el fondo de los oratorios, las cuales, léjos de las severidades cristianas, rechazan el cilicio y la disciplina, no tendiendo al parecer mas que á seducir con sus gracias, y con una suavidad mas coqueta que devota. A esta clase pertenece un cuadro de la Exposicion, por M. LAUDELLE, llamado *el regreso de la Santa Virgen*. El artista, en este cuadro, ha dado á sus ángeles y á la Virgen hermosísimas formas, lo mismo que ha hecho M. JALABERT en su *Anunciacion*; pero esta hermosura tan moderna recuerda demasiado el estilo de las viñetas inglesas. — El carácter de la hermosura de la Virgen es tal vez hoy en dia una de las cosas mas difíciles de concebir para los artistas. Rafael, que parece haber fijado el tipo ideal con sus numerosas madonas, ¿acaso no lo abandonó tambien en su *Virgen de la Silla*, adorable creación de su genio, pura vision de la hermosura, que en nada pertenece á los cielos, pero sí á la tierra?

M. SIGNAL, bien que manifestando cierta pretension á un estilo severo, ha obtenido un éxito particular con sus dos composiciones de la *Mujer adúltera*, las cuales han sido reproducidas en grabado. Su *Pieta*, es una obra fria, pero que no deja de tener su mérito. Tambien ha expuesto dos grandes composiciones del género histórico, una de las cuales, *el pasaje del Bósforo por los cruzados*, á pesar de faltarla un carácter pintoresco marcado está hábilmente delineada: hay sobre todo que admirar en ella un grupo de mujeres y de muchachas muy bien comprendido. — No debemos pasar por alto una obra importante y seria, *el triunfo del martirio*, por M. BOUGUEREAU. Su cuadro titulado *el Amor fraternal*, pertenece á un género de pintura muy distinto. Hay cierta sencillez en la caricia que confunde las dos cabezas de los niños de opuesto tipo; pero la figura de la madre deja bastante que desear en cuanto á ejecucion y dibujo.

El examen de las pinturas religiosas de la Exposicion



Exposicion de 1855. — Eljóven Halconero, cuadro por M. Couture.

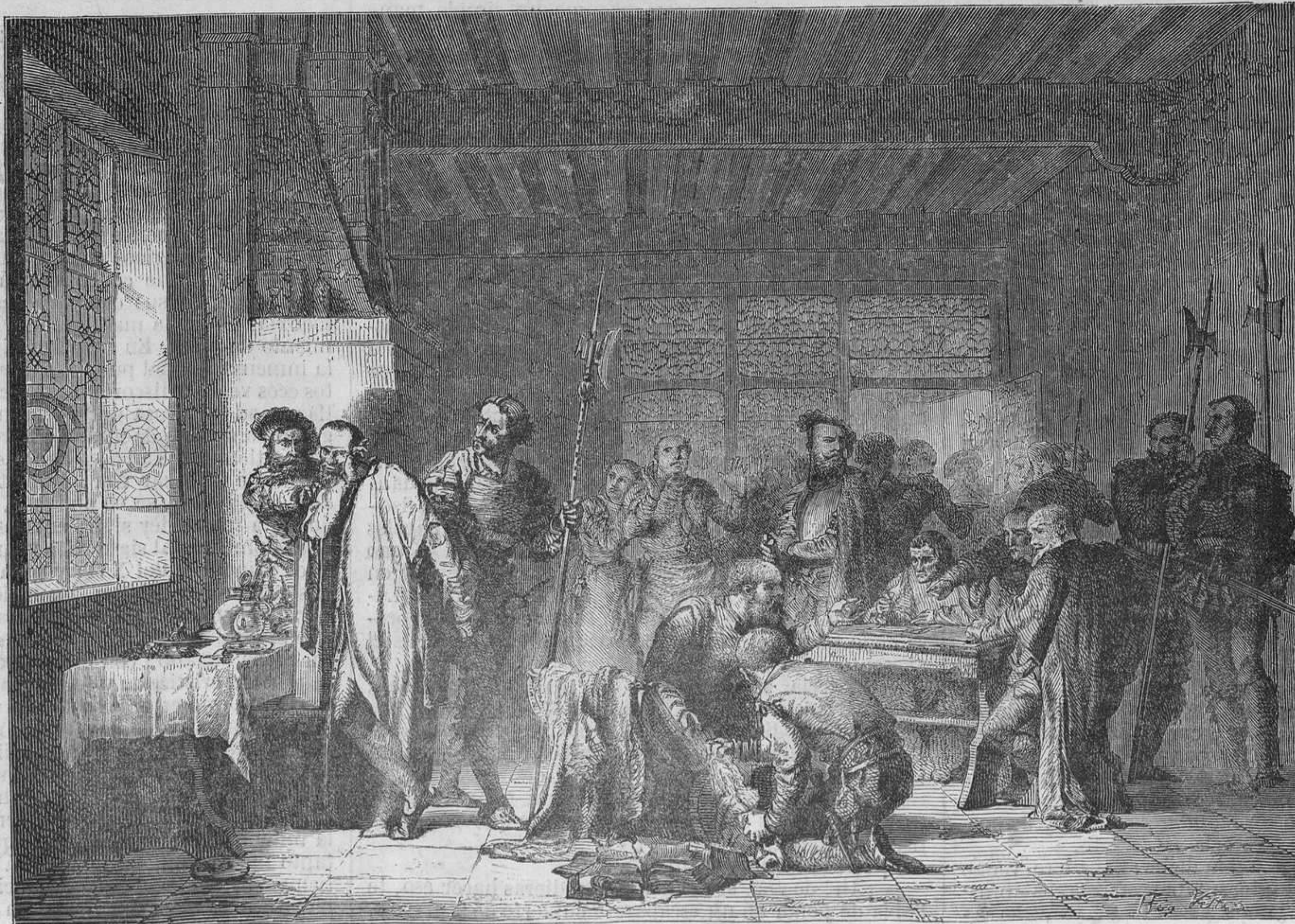
Universal seria un trabajo vastísimo. Anteriormente hemos señalado algunas, y en lo sucesivo señalaremos otras al hablar de varios pintores. Aquí solo hemos querido hacer resaltar los diferentes modos de esa pintura entre los modernos: en ciertos artistas, sobre todo en los alemanes, afecta la forma arcaica de los maestros primitivos, en otros es filosófica, humanitaria ó poética, y en otros en fin, es mundana. Quizá si se consulta el sentimiento popular esta última forma es hoy la mas inteligible. Lo mucho que gustan

los Judios (1824); — *S. Jacinto resucitando á un jóven* (1827), y *el Martirio de S. Jacinto*. Bien que estas obras nacidas bajo otra direccion general del arte en Francia no correspondan ya con el gusto y el sentimiento del dia, no por eso hemos de decir que han perdido sus resistentes cualidades.

Nombraremos además dos artistas de mérito: el uno discípulo de M. ROUGET ha expuesto un vasto lienzo titulado *Abjuracion de Enrique IV*, que adolece quizá de cierta vulgaridad en las figuras secundarias y de un

colorido poco sólido, pero que sin embargo, se recomienda por la buena disposicion del grupo principal y por una verdadera habilidad en hacer valer las diferentes figuras en los tonos mas claros. El otro, discípulo de Gros, es M. JOLLIVET, pintor de conocimientos extensos en ese arte, y á cuyo talento serio debemos varias obras de géneros distintos.

El arte de las transiciones seria á menudo una pretension quimérica para la naturaleza de estos artículos que venimos escribiendo. Bien deseáramos agrupar sintéticamente los géneros y establecer un orden; pero las tardanzas naturales en el trabajo de nuestros grabadores interrumpen á veces nuestra simetria. En este momento pues, sin tratar de disfrazar nuestro movimiento por una falsa manio-



El cuarto de hora de Rabelais, cuadro por M. Vetter.

las escenas llamadas bíblicas de M. SCHOPIN que se ven reproducidas en grabados y litografias, prueban la verdad de lo que decimos. Y es de advertir que esas graciosas imágenes se encuentran no solo en los aposentos de las parisienses, sino tambien en Italia donde las hemos visto reunidas con las reproducciones de las obras maestras de Rafael en las grandes vidrieras de Milan.

Fuera de estos tres modos opuestos y que tienen su valor bajo el punto de vista del arte, porque caracterizan las tendencias intelectuales ó porque manifiestan simplemente los gustos y tendencias de nuestra época, debemos reservar tambien un puesto á una porcion de la pintura moderna religiosa que sin ser el eco del siglo ni corresponder á ninguna de sus aspiraciones no representa nada fuera de sí misma, ó cuando mas representa una tradicion lejana de la escuela de Bolonia, manifiesta un saber, una habilidad concienzuda, un respeto del arte que por eso solo mereceria un lugar distinguido.

Aquí nos encontramos algunos nombres ACADÉMICOS casi desconocidos para las nuevas generaciones:

M. ABEL DE PUJOL ha expuesto dos grandes cuadros religiosos que en breve tendrán cuarenta años de fecha, á saber: *San Esteban predicando el Evangelio* y *la Santa Virgen en el Sepulcro*. Además de estas obras de una habilidad estéril en cuanto al sentimiento, hay que citar aun el cuadro titulado: *la ciudad de Valenciennes* protegiendo las artes, vasta pintura alegórica del género de las que ha ejecutado para varios ornatos monumentales.

Otro representante de la tradicion académica nacido como M. Abel de Pujol en 1787, M. Heim discípulo de Vincent, ha bajado á la arena abierta á todos, y ese nombre olvidado por las generaciones saldrá mas grande de esta lucha, de lo que habria podido creerse de antemano. Tiene muchas composiciones de grandes dimensiones muy notables, entre las cuales citaremos: *Un asunto sacado de la Historia de*

bra, saldremos de súbito del campo académico y pasaremos de los discípulos de David y de Gros á algunos de sus antagonistas, y luego por otra conversión no ménos súbita daremos cuenta de varios cuadros que se ven reproducidos entre estas líneas.

M. COUTURE presentó en 1847 un gran cuadro titulado *los Romanos de la Decadencia* que hizo furor en aquel tiempo, y desde entonces no ha producido nada mas de importancia como si temiera decaer de aquel primer tiempo. Su cuadro anunciado de antemano con el título de la *Orgia romana* no correspondió á lo que sus amigos se prometían. — *El Halconero* (véase nuestro dibujo) es una preciosa pintura que se acerca al género de algunos pintores ingleses. La cabeza de ese joven es luminosa y de un tono saliente. ¿Por qué el artista ha sustituido á esa manera franca de animar la piel, á ese procedimiento limpio, el estilo extraño que ha tomado hoy como se ve en los dos retratos que tiene expuestos? El nuevo sistema da á sus cuadros un aspecto demasiado artificial que llama la atención por su amaneramiento.

M. CHASSERIAU ha expuesto cinco cuadros entre los cuales el mas satisfactorio es el *Tepidarium*, salon de baños de Pompeya donde acuden las mujeres á secarse y á descansar. Esta composición es pequeña, al contrario de la que se titula *la Defensa de los Galos* que se halla tratada en grandes proporciones; aquí los defectos de estilo del autor son tanto mas visibles cuanto que ha exaltado el color sobremediano, en tanto que en su obra precedente y en otras varias tambien pequeñas ha buscado el arte de las tintas y ha permanecido armónico.

M. DIAZ se ha dejado seducir por una ambición desmesurada; ha querido entrar en las grandes proporciones, y abandonando un instante los lienzos pequeños, donde con tanta maestría sabe armonizar, sin significación real, un rico surtido de tintas de su paleta y donde la insuficiencia de la forma se disfraza bajo el atractivo de color, ha pintado en proporciones mayores que el natural un grupo de mujeres afligidas lanzándose á los cielos; pero en ese vasto lienzo su colorido tan brillante y variado se ve sustituido por una pintura monotonía y pálida que parece haber sido ejecutada al resplandor de la luna. Sin embargo, la crítica ha estado muy severa con esa composición titulada *las Últimas lágrimas*, envolviendo todo el grupo que la misma condena; la primera mujer de delante recuerda el estilo de Prudhon, y si no es original de invención sube hacia el cielo por un movimiento gracioso, y se



Exposicion de 1855. — Erasmo en casa de Tomás Morus; cuadro por M. Labouchere.

conoce que le falta muy poco para producir un efecto satisfactorio.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NUMERO.

Además del *Halconero* de M. Couture de que hemos hablado ya, se encontrarán aquí los grabados de los cuadros siguientes:

M. LABOUCHERE. — *Erasmo en casa de Tomás Morus*. El personaje principal se halla representado leyendo su *Elogio de la locura* que compuso, segun dicen en ocho dias mientras permaneció en casa del canciller de Enrique VIII. Apoyada en el respaldo de la silla de Tomás Morus está su noble hija Margarita Roper, que ayudaba á su padre en sus trabajos. Los diferentes retratos están copiados de Holbein. La escena se halla dispuesta naturalmente; la pintura de un aspecto suave y armonioso exigiria alguna chispa de atrevimiento en la ejecución. M. Labouchere ha expuesto otros dos cuadros.

M. VETTER. — *El cuarto de hora de Rabelais*. Se cuenta que Rabelais no teniendo con que pagar su posada, ni con que hacer el viaje de Paris hallándose en Lyon,

encuentran con ménos éxito en otro cuadro del mismo autor de distinto carácter: *Una balsa de madera sobre el Rhin*; los esfuerzos de los remeros están manifestados de una manera enérgica. — *La Fiesta del Corpus* y *la Fuente milagrosa* son dos pequeñas composiciones muy bien dispuestas y de un aspecto gracioso.

Después de la pintura religiosa que analizamos aquí en breves palabras, queremos concluir con cuatro observaciones sobre la pintura de género, que nos servirán como de introducción para si acaso damos aquí reproducidos algunos cuadritos escogidos entre los muchos de esta categoría que figuran en la Exposición. Al entrar en esta escuela de pintura entramos mas particularmente en el arte moderno. Y este es su triunfo, pues en ese campo ilimitado donde puede encontrar su entero desarrollo, puede multiplicarse tambien bajo todos los aspectos. Esta pintura tiene una razón de ser, lo que le falta á menudo á la otra. La pintura de género responde á una necesidad de recreo ó de lujo, tiene su público, sus aficionados, su puesto señalado en el hogar doméstico. Mucho ha tenido que trabajar para introducirse de esta manera en la familia; ha necesitado un largo aprendizaje de una multitud de cosas pequeñas, como el estudio de la luz y de la sombra, el claro-oscuro, el colorido particular que aquí se requiere; ha tenido que buscar el efecto, atender al gusto del día, seguir la moda, representar escenas de salones dorados ó de pobres guardillas, de gabinetes lujosos ó de chozas.

Y téngase entendido que no contamos por poco la adquisición de todas las pequeñas industrias necesarias para llegar á agradar al *bourgeois* aficionado: no



Un entierro en los Vosges, cuadro por M. Brion.

costaba ántes tanto hablar con los dioses. Esta era la ventaja del arte en la antigüedad y en las buenas épocas, que encaminado hácia las grandes ideas, hácia los sentimientos generosos de un pueblo en vez de acariciar los caprichos de un simple particular, sacando las inspiraciones del entusiasmo religioso ó patriótico de todos para traducir las imágenes de los dioses ó de los héroes, no tenía que preocuparse como sucede hoy de todas las exigencias de las cualidades secundarias, iba en derecha á su concepción y hallaba en la sencillez la grandeza. Entónces habia como una mancomunidad de aspiración entre el artista y el público para elevarse sin esfuerzo al ideal.

Es verdad que en nuestro tiempo, en que se ha tratado de renovar la concepción de todas las cosas, se ha querido poner en duda la realidad de los géneros en pintura, para confundir todas las aspiraciones en una sola, suponiendo que no habia otra division que hacer sino entre el mayor y menor mérito de las obras. Concedemos que se conteste la exactitud de los términos de pintura de historia, de género, etc., pero cualesquiera que sean las denominaciones que se adopten es preciso reconocer que hay una pintura de orden superior que pretende alcanzar la belleza ideal, y otra de un orden inferior infinitamente variable, que unas veces imita á la naturaleza y otras atiende á determinados efectos de aspecto agradable hijos de cualidades secundarias. El tamaño del lienzo no entra por nada en esta apreciación; aquí se trata de las obras maestras en ambas clases. Estas dos formas se han hallado en presencia en la historia del arte moderno con una superioridad incontestable; una es la de la pintura italiana, y la otra constituye casi únicamente la pintura flamenca y holandesa. La escuela francesa ha desarrollado á su vez en la pintura de género propiamente dicha una gran variedad de talentos y de maneras; hoy no nombraremos á ningun pintor de los muchos que se han acreditado en esta pintura; basta á nuestro intento señalar el hecho y añadir que sus diferentes manifestaciones merecen en la Exposición Universal la atención del público á pesar del carácter secundario de esta forma del arte, y todo porque corresponde bien á las necesidades de la sociedad moderna, y porque se adapta maravillosamente á sus caprichos y á sus sentimientos.

D. P.

SONETO.

MI COFRADE Y YO.

COFRADE.

Me alegra tu llegada.

AUTOR.

¿Qué hay al caso?

COFRADE.

Un vacío que aquí se nos presenta.

AUTOR.

Llenarlo; ¿no hay mas tipos en la imprenta?

COFRADE.

Si fuera así como llenar un vaso...

AUTOR.

¿Entónces anda el material escaso?

COFRADE.

Es que todo es muy largo y nada asienta.

AUTOR.

Pues un soneto me parece, en cuenta,
Que es lo mejor para salir del paso.

COFRADE.

Y pronto, porque esperan los cajistas,

AUTOR.

Dalo, pues.

COFRADE.

Dalo tú.

AUTOR.

Yo? por San Cleto!

COFRADE.

¿Catorce líneas? Bah! no te resistas.

AUTOR.

Porque nunca os ocurra igual aprieto,
Tomad en mi leccion, ¡oh periodistas!
Y tened siempre á mano algun soneto.

José A. CALCAÑO.

Diciembre 29 de 1854.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

LA ATMÓSFERA MARÍTIMA. — De una revista especial extractamos lo siguiente acerca de la atmósfera marítima:

« Los elementos esenciales del aire marítimo son iguales á los del aire terrestre; pero sufren ciertas modificaciones que conviene examinar por el influjo que ejercen sobre la

salud de los marinos, á fin de buscar los medios de evitar ó de paliar sus efectos.

» Salvo la humedad, la atmósfera marítima presenta el tipo de la pureza; aquí no hay las emanaciones heterogéneas mas ó ménos insolubles que se levantan del suelo y producen las aglomeraciones de las gentes.

» Pretender que el aire marítimo contiene moléculas salinas es no conocer los elementos de la física, que enseñan que la evaporación separa el agua de los principios fijos que se hallan disueltos en ella. Todo lo mas que se podría admitir es que ciertos elementos volátiles, bituminosos ó de otra especie que se alzan del mar, se encuentran allí mezclados, como opina Gilchrist, que atribuye al agua del mar cualidades balsámicas, y Valther, que los supone por el contrario dotado con malélicas. Pero el análisis y la observación no demuestran tal cosa; y sin citar á Plinio, que supo procurarse agua potable guarneciéndolo el exterior de sus vasijas con pieles de carnero que se impregnaban con los vapores del mar, nos podemos referir á Bacon, Rouppe, Poissonnier, Peru, Kerandren y otros, que concuerdan en la preeminencia del aire del mar sobre el de la tierra bajo el aspecto de pureza. Esta ventaja es negativa, por decirlo así, porque no consiste mas que en la ausencia de los principios heterogéneos, de que hemos hablado.

» Pero hay una circunstancia que ha podido influir en el juicio de los observadores, y es la del polvo salino que aparece á veces en la superficie de la piel, juntamente con este mismo sabor que recibe la lengua al pasar por los labios, despues de haberse paseado largo rato sobre el puente bajo las velas de un buque que navega con buena brisa; pero estos fenómenos son el resultado del polvo húmedo que levantado por los surcos y el viento, se vaporiza insensiblemente y deposita en la superficie de los cuerpos cristales de la sal marina.

» El aire del mar, aunque esencialmente húmedo, no lo es tanto como se puede suponer, segun los cálculos que se han hecho acerca de la enorme cantidad de vapores acuosos que se levantan del mar, y cuya idea se forma fácilmente pensando que estos vapores son la causa principal de las nubes y las corrientes de agua que surcan el globo.

» Sabido es que los vientos del mar son siempre húmedos y presagian á menudo la lluvia. Sin embargo, muchas localidades terrestres gozan de aire mas húmedo que el marítimo, á saber, las que se hallan rodeadas de montañas ó bosques, que forman un muro á las nubes, al paso que en alta mar la brisa dispersa y distribuye igualmente los vapores cuya disolución favorece. Si para apreciar la humedad real de la atmósfera marítima se acude al hygrometro, se puede caer en error, porque este instrumento solo acusa la humedad suspendida y no la que está disuelta y combinada con el aire. Todos los navegantes han observado que las costas están por lo comun cubiertas de nieblas; apreciables sobre todo por la mañana y por la tarde, y con razon se mira esta circunstancia como una de las causas de la insalubridad de las navegaciones litorales.

» Ahora bien, nosotros atribuimos este fenómeno al contacto de las dos atmósferas terrestre y marítima, las cuales comportan una temperatura diferente, condensando la mas fria los vapores de la otra. En suma, la humedad del aire marítimo no está tan desenvuelta que pueda influir tanto como se supone en las enfermedades de los marinos; pero importa, bajo este aspecto, distinguirla de la que es inherente al buque.

» Se ha observado que el calor ó el frio son en general ménos intensos en el mar que en tierra, lo que se puede explicar por la mayor densidad de la atmósfera marítima y por la ausencia de los accidentes del terreno que concentran y aceleran el curso de los vientos frios, al paso que multiplican las reverberaciones del sol. Aquí los rayos del astro son absorbidos en gran parte; además el giro continuo de las moléculas refresca la superficie del mar, á la que la abundancia de la evaporación roba además algun calor; añádase á esto el movimiento del buque, la reflexion cuya intensidad se puede apreciar bajo las relingas, y se concebirá porque el calor no es muy intenso ni en alta mar ni bajo el velamen; observaciones repetidas han demostrado que no excedia de 30 grados centígrados, al paso que anclados, el sol de los trópicos es á menudo insoponible. La diferencia de temperatura entre el dia y la noche es tambien ménos marcada en el mar que en las costas, lo cual no es una de las menores causas de la salubridad del aire marítimo. Su peso en densidad es considerado como tipo, estando la altura media del barómetro basada sobre el nivel del mar.

» Este aire es sin contradicción el mas favorecido bajo el aspecto de la luz. Una palabra debemos decir acerca de una ilusion óptica conocida bajo el nombre de vislumbre ó reverbero. El fenómeno atribuido á la refracción se observa en circunstancias que no se hallan bien determinadas, pero sobre todo en las calmas por la mañana y la tarde en buen tiempo.

NUEVO MEDICAMENTO CONTRA EL CÓLERA-MORBO. — El *Diario Mercantil* de Valencia publica una carta dirigida al Excmo. señor capitán general de aquel distrito, en la que se le da noticia de un medicamento nuevo que se ha ensayado en Peñíscola con los mas felices resultados para la curación del cólera-morbo. Nos apresuramos á publicarla, para que la ciencia ensaye sus efectos, añadiendo que en Valencia, segun una carta que ha visto el *Diario Español* de una persona muy respetable, se han hecho algunos ensayos por consejo de la marquesa del Maestrazgo, esposa del capitán general, y los resultados han confirmado plenamente la eficacia del remedio.

La yerba de que se trata, dice el *Diario Mercantil*, es la que se conoce en este país con el nombre de *mata-pusa*, y en otras partes con el de *manrubio* ó *menta acuática silvestre*, que es la

yerba-buena verde, la cual se cria á las orillas de las acequias, arroyos y sitios pantanosos.

Hé aquí los párrafos de la carta que tienen relacion con el descubrimiento:

« Habiendo leído en uno de los periódicos que hay en este pueblo un anuncio relativo al buen efecto causado á un pastor de Andalucía, que siendo atacado del mal reinante, se curó haciendo uso de una yerba nombrada *mastranzo*, busqué en uno de los diccionarios de mi pequeña biblioteca las señas exactas de esta yerba, é hice que en el acto saliese este boticario al campo á buscarla, con tanto mas motivo, mi apreciable general, cuanto que en esta poblacion no hay mas que un médico ya de edad para sus 600 vecinos y la guaricion, lo cual me tenia apurado, hallándose invadida por el cruel azote esta plaza hace ocho dias. Hallada al momento, encargué que el facultativo la aplicase, ya en cataplasmas cuando el mal principiaba con la diarrea, ó ya en bebida hecha como el té, si empezaba ó estaba el vómito, etc. El facultativo recibió este encargo con desden; pero, sin embargo, empezó á aplicarle, y los efectos fueron tan brillantes, que no ha habido uno que no haya quedado libre del mal en pocas horas, conteniéndose el vómito ó la diarrea á la hora ó dos horas de aplicado el antidoto.

» Se advierte que la cataplasma que se aplica al estómago es en frio; esto es, machacada la yerba y aplicada para que se introduzca el jugo por los poros, y si está seca se humedece al efecto.

» Pero lo mas prodigioso ha sido que, atacado un sargento á la una de la madrugada de ayer, hallándose de guardia en el Rastrillo, de un modo horrorosamente fulminante, le fué aplicada la yerba, y á esta hora (las diez de la mañana) está muy mejorado y casi fuera de peligro, segun los partes que he recibido.

El mismo *Diario Mercantil*, en su número del 4, dice lo siguiente:

« Se ha presentado en esta redaccion el doctor D. José Gatus, médico de los establecimientos penales de esta capital, con el objeto de que hagamos público el resultado obtenido en la aplicacion del *mastranzo* ó *menta acuática silvestre*, como antidoto contra el cólera.

» Atacada una persona de esta enfermedad, hallándose en el último período y agotados los recursos del arte, el señor Gatus le mandó administrar interior y exteriormente dicha yerba, logrando una mejoría instantánea, y dejando al enfermo á las pocas horas fuera de peligro.

» Esta es en pocas palabras la relacion que hemos oido de boca del señor Gatus, quien ha dejado en esta redaccion el nombre del enfermo y las señas de su casa.

» En vista de este resultado, altamente satisfactorio, el señor Gatus trata de establecer en el presidio de esta ciudad un depósito de la yerba que tan benéficos efectos le ha producido, con el objeto de facilitarla gratuitamente á las personas que la necesiten, siempre que vayan provistas de papeleta de facultativo, y evitar que se incurra en el error de confundirla con la que en este país se conoce con el nombre de *mata-pulga*, aunque es una de las variedades de esta planta.

MEDIOS DE PREVENIR LAS TEMPESTADES Y EVITAR LOS DAÑOS DEL GRANIZO. — Es muy sabido que la electricidad contribuye esencialmente á la formacion de las tempestades, y por lo tanto á todos los resultados comunmente funestos de las mismas. Es igualmente sabido que el célebre Franklin, con una cometa armada de una punta de hierro y elevada á los aires en un dia de tempestad, descargó las nubes del fluido-eléctrico y lo hizo bajar á sus manos, de cuyo sencillo experimento fisico resultaron el conocimiento de la causa de las tempestades y de la verdadera naturaleza del rayo, el medio de arrebatarlo á las nubes y el utilísimo invento de los para-rayos. Tanto admitiéndose la teoría de Volta, como otra cualquiera para explicar la formacion del granizo, si á esta precede una tempestad con frecuencia simultáneamente forjadora del rayo, si para formarse la tempestad se necesita el fluido-eléctrico, y si este se puede disipar ó desequilibrar en términos de impedir la accion del mismo para formar la tempestad, impídase esta accion, y se impedirá tambien la formacion del granizo que, dejando de formarse, dejará de causar los tristes é imponderables daños que son consiguientes. ¿Y cómo se disipará el fluido-eléctrico y se desharán las tempestades, impidiéndose tambien que se forme el granizo? Una cometa ó milocha elevada al aire y acercándose á las tempestuosas nubes, puede con una punta metálica colocada en la misma cometa arrebatar, como lo hizo Franklin, el fluido-eléctrico que forma y sostiene las tempestades.

Al amenazar estas sobre los campos, salgan de los pueblos y caseríos inmediatos los labradores con sus cometas armadas y dispuestas del modo que diremos luego, elevénlas á los aires en direccion de las nubes impregnadas de electricidad, obren sobre esta, disipenla ó desequilibrenla, y desarmen así la tempestad que iba quizá á descargar sobre sus casas, mieses y hortalizas una enorme cantidad de grandes y destructoras piedras, como desgraciadamente tan á menudo sucede. Sin duda algunas cometas no se elevarán absolutamente, ó no se elevarán muy alto, sobre todo si se elevasen por manos inexpertas; pero poco á poco se adquirirá la experiencia necesaria, que ya suele adquirirse desde muchacho, y si se acude á levantar muchas cometas, no dejará alguna de llegar al punto que baste para descargar las nubes de su electricidad.

Por lo demás la construccion de los cometas útiles para este efecto es muy fácil y sencillo. Fijese un alambre de hierro ó laton que tenga un palmo á palmo y medio de largo y sea poco grueso para que sea poco pesado, en el ángulo superior de la cometa, y aun si se quiere y puede en los dos ángulos laterales. Antes de terminar el bramante ó cordelito que sostiene la cometa y que conviene sea largo y

arrastré por el suelo, á la parte del mismo que debiera cogerse con la mano se le ha de pegar y coser á un lado un cordón de seda de algunos palmos de largo, que es el que precisamente debe ser cogido y sostenido siempre con la mano, cuando esté elevada la cometa. Así se evita el peligro de que el fluido-eléctrico dañe poco ó mucho al labrador, como pudiera suceder si no se tomase esta precaución, por cuanto bajando aquel desde la punta ó puntas del alambre por el bramante hasta el suelo, por el que se esparcirá y se disipará, será contenido por el cordón de seda, que es un cuerpo que no comunica la electricidad, y no llegará á tocar las manos y cuerpo del labrador para dañarle.

En los pueblos suele haber algunos jóvenes que tienen una destreza particular en elevar las cometas, cuya destreza podrán ir adquiriendo los demás con el frecuente ejercicio. Las cometas que suelen ir comunmente de papel pueden hacerse de tela, y aun de tela impermeable con tal que la impermeabilidad no se haya obtenido por medio de sustancias resinosas ú otras de las que se resienten á la trasmisión de la electricidad.

Finalmente, apénas debe advertirse que siempre convendrá que las cometas se eleven al principio de la tempestad, ántes de formarse el granizo, ántes de que caiga el rayo, del que también pueden preservar aquellas, y aun ántes de que sobrevenga algun chubasco que las abata ó inutilice.

Además hay otro medio que puede adoptarse con igual utilidad para desarmar las tempestades, y prevenir de consiguiente la caída del rayo y del granizo. Este medio consiste en la elevación de unos globitos aereostáticos armados en su parte superior de unas puntas de hierro como las cometas y provistos en la inferior de un cordelillo mas ó ménos largo que cuelgue y que irá descargando el fluido-eléctrico á una region mas baja de la atmósfera, con cuya continua descarga se disipará mas ó ménos pronto dicho fluido que tanto contribuye á la formación de la tempestad.

No es fácil creer que baste un solo globo para conseguir el efecto deseado; pero si se elevaren algunos, á un tiempo ó en cortos intervalos que vayan á tocar por diferentes puntos las tempestuosas nubes cargadas de electricidad, con su acción reunida será mas pronto y seguro el efecto. Estos globos podrán ser de un mayor ó menor tamaño, pero siempre habrán de ser bastante pequeños, ya porque así serán suficientes y sin duda se elevarán bien, ya porque se llenarán con mas prontitud y facilidad y podrán parecerse á los que se venden en algunas tiendas de Paris, Madrid, Barcelona y tal vez otros pueblos, ó los que se elevan para experimento en las cátedras de química, construyéndose del mismo tejido ú otro análogo é hinchándose cuando fuere necesario de gas hidrógeno desprendido por medio de un aparato sencillo y del modo bien sabido para hacerse este fácil desprendimiento. Este aparato, los ingredientes necesarios para suministrar el gas y una porción de pequeños globos, se pueden tener de reserva en las casas cuyos dueños estén interesados en preservar las herencias de los terribles daños del granizo, y si costaren algo aquellos, ¿no son mucho mas costosos estos? A mas de que vulgarizándose los globos y aparatos y haciéndose frecuente uso de ellos, se construirán en gran número, se simplificarán y se abaratarán mucho como es consiguiente.

BATERÍA SUBMARINA INVISIBLE. — Dice la *Gaceta de Trieste* que un ingeniero mecánico suizo ha brindado al gobierno austriaco con un invento suyo de la mayor importancia para la guerra marítima: consiste en una batería submarina invisible que puede ser impelida contra cualquier puerto que se trate de atacar, ó servir también para la defensa del mismo haciéndola jugar contra la escuadra agresora. El mérito principal de esta invención estriba en la notable circunstancia de poder empujar estas baterías á algunas millas de distancia, segun mejor convenga, sin que persona alguna vaya con ellas. Parece que el aparato es muy sencillo respecto á la famosa batería destructora inventada poco ha por el general inglés Dunald, y se halla basada en principios muy interesantes, jamás aplicados aun, los cuales podrán asimismo hacerse extensivos á las obras hidráulicas, mayormente cuando el coste de la máquina es tan módico. El gobierno austriaco ha sometido esta invención al exámen de una comisión de oficiales de artillería, y segun noticias contestes, han sido los ensayos practicados hasta ahora bastante satisfactorios. La máquina puede solamente funcionar dentro del agua, pues fuera de ella pierde su fuerza de acción.

VAPOR MONSTRUO. — El buque que se está construyendo en uno de los puertos de Inglaterra, por cuenta de la compañía de la navegación del Oeste, tendrá 680 piés ingleses de largo (737 piés españoles), y capaz de una carga de 25,000 toneladas (la tonelada inglesa se regula en 90 arrobas); siendo por consecuencia seis veces mayor que los mas grandes navios de línea. En su consecuencia se ha combinado el hélice con las ruedas, y las máquinas tienen la fuerza de 2,600 caballos, aunque en realidad pueden elevarse á la fuerza de 10,000.

Para precaver cualquier accidente en la maquinaria y evitar detenciones por esta causa, las ruedas no solo tendrán suficiente separación entre sí, sino que serán movidas con independientes impulsos, combinándose todo de un modo que la descomposición ó rotura de una de ellas, y la limpieza que sea preciso practicar en uno ó en dos cilindros ó calderas no sea obstáculo que entorpezca la marcha del buque. Este no llevará velamen de ninguna especie, solo el vapor será su agente móvil: su marcha se ha calculado en 15 millas por hora en todos temporales; su consumo de combustibles será menor proporcionalmente al que gastan los actuales vapores por andar diez millas en igual tiempo.

La compañía dueña de este monstruoso buque ha resuelto que su primera expedición la haga á Australia: la distancia desde el punto de partida á Puerto Felipe sin hacer escala es de cerca de 12,000 millas; de manera que calculando su marcha en 15 leguas por hora llegará á su destino en 32 dias.

Su inmensa capacidad permitirá llevar combustible para viaje de ida y vuelta, regulándose en 12,000 toneladas de carbon, además 500 toneladas de carga y espacio para 2,000 pasajeros con sus equipajes y todas las provisiones necesarias para el consumo. Se votará al agua en la próxima primavera de un modo desconocido hasta el dia, pues entrará de costado por medio de ciertos aparatos dispuestos al intento.

PROYECTO DE UN FERRO-CARRIL AL REDEDOR DE LONDRES. — La capital de Inglaterra sufrirá dentro de algun tiempo una importante mejora si llega á realizarse el proyecto de un camino de hierro alrededor de Londres, presentado por el célebre arquitecto sir Joseph Paston. Como hemos juzgado que seria muy conveniente manifestar los principales pormenores de este proyecto, por esa razon vamos á dar una ligera idea de lo que llegará á ser algun dia si como es probable aprueba el plano el comité parlamentario y se procede en seguida á la construcción.

Después de haber manifestado el arquitecto los muchos inconvenientes que presenta en la actualidad el trayecto de uno á otro extremo de la metrópoli, por ejemplo, desde Londres á Brighthon, ha creído que el mejor medio de salvar este obstáculo era construir una vía férrea que abrace toda la ciudad.

Al efecto ha trazado un plano de ferro-carril, que partiendo desde la Bolsa, atraviése el Támesis, Cheapinde, el puente de Southwark, Lambeth y los bellos jardines de Kensington hasta llegar á las estaciones de North-Western y de Great-Northern. Por último, á Piccadilli podrían ir los trenes por medio de un ramal de union que, comenzando en la estación de South-Western, fuese á parar á la parte posterior de Regent-Circus.

Con el objeto de establecer la nueva vía, ha dispuesto sir Paston que se construya una galería cubierta de setenta y dos piés de ancho, es decir, diez y seis piés mas que la nave del palacio de Sydenham.

Al proponer el arquitecto una galería, ha tenido en cuenta el mucho polvo que hay generalmente en las calles de Londres y el barro que se forma cuando llueve.

La galería tendría ciento ochenta piés de elevación, estando además cubierta de cristales, lo mismo que el palacio de la Exposición. En el centro se establecería un camino destinado á los transeuntes, en los costados se construirían tiendas, y por último en tercer término se colocaría un camino de hierro atmosférico de ocho vías, de las cuales cuatro podrían destinarse para los trenes especiales.

Si llegara á realizarse la idea de sir Paston, poseería Londres un magnífico pasaje cubierto al abrigo de la intemperie; el parque de Kensington y los jardines que darian dentro de la galería, y los ingleses tendrían entonces un delicioso paseo campestre que estaria abierto al público desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche.

El coste de tan colosal proyecto está valuado en las siguientes cifras: los tres puentes que deben atravesar el Támesis, la galería y los almacenes 2,400,000 libras, la galería general 1,000 libras por cada yarda, la techumbre 50 libras, los cimientos 400,000 libras, y el terreno 3 millones 403,400 libras. Por último, el gasto total, comprendiendo todo el material, se calcula en 34 millones sterling, ó sean 3,400,000,000 de reales próximamente.

La comisión parlamentaria ha remitido el proyecto de sir Joseph Paston á una corporación compuesta de veinticuatro miembros elegidos de entre la aristocracia, la Cámara de los comunes y la Cité de Londres. El ministro de Obras públicas y el lord corregidor son los presidentes de la comisión.

Cualquiera que sea la suerte reservada á este proyecto gigantesco, no habrá persona que se atreva á negar á su autor la originalidad y la magnificencia. Nadie mas que los ingleses son capaces de llevar á cabo semejante idea que, realizada, sería una de las principales maravillas del mundo.

ESTADÍSTICA RELIGIOSA. — Del calendario eclesiástico de Inglaterra extractamos los siguientes datos estadísticos relativos á la iglesia católica:

Inglaterra: Arzobispado, 1, obispados 12, sacerdotes seculares y regulares, 990; conventos de hombres 17, de mujeres 85, iglesias y capillas 697.

Irlanda: Arzobispados 4, obispados 31, sacerdotes seculares 2,804, conventos 66, de monjas 133, colegios y seminarios 29.

Escocia: Vicarios apostólicos 3, sacerdotes 134, conventos 5, colegios 1, iglesias y capillas 141.

Población católica, 7,000,000. Obispos en las colonias y posesiones inglesas 50.

En 1854 fueron consagradas 40 iglesias nuevas.

Conversiones en 1854: 12 ministros protestantes, tres de ellos de muy distinguido concepto científico y de elevada alcurnia, 3 lores y otros muchos particulares.

Las fiestas escocesas en Holland-House (Kensington.)

Londres 15 de julio.

Estoy en Londres desde hace unos diez dias, pero no he visto Londres, no he visto mas que Holland-House,

y esto me basta; he gastado toda mi admiración en este palacio espléndido donde se hallan acumuladas riquezas imponderables, y donde he sido recibido por lord Holland y su señora con una afabilidad para la cual todos mis elogios serian cortos. Por consiguiente solo puedo hablar de Holland-House. No intentaré describir aquí las magnificencias interiores de esta morada régia; los muebles de mil gustos diversos; el oro, el nácar, el ébano, la encina, el marfil, el mármol, el terciopelo y la seda; la biblioteca, la galería de pinturas y dibujos; las estatuas, los bronceos, todo esto exigiria una pluma mejor cortada que la mia, y después un espacio mayor del que puedo ocupar con este artículo.

Por esto, sin mas exordio voy á entrar en el objeto principal de esta carta que es la descripción de las fiestas escocesas que se celebran en Holland-House.

La sociedad escocesa se reformó hace pocos años bajo el patrocinio del príncipe Alberto, con el fin de conservar entre la generación presente ciertas tradiciones que tendian á desaparecer; los juegos campestres figuran en este número y son con la escrupulosa exactitud de los trajes, el único interés verdadero que presentan esas fiestas.

Hacia dias que se estaba trabajando en los preparativos en un cercado contiguo al parque de Holland-House: unos tendidos empavesados con los colores de Inglaterra, se elevaban al rededor del recinto circular reservado á los actores de la fiesta, y una porción de tiendas donde se distribuían *refrescos á precios moderados*, segun decia el programa, ostentaban también sus blancos lienzos en torno del círculo trazado con una cuerda y en cuyo centro se elevaba un mayo con el cordón emblemático del que pendian unidas en una corona, una porción de guirnaldas de flores artificiales del mas risueño aspecto.

Para entrar en el tendido cubierto se pagaban 10 chelines, y en el descubierto 5; la entrada en el parque costaba dos chelines y medio. Una porción de agentes de la policía escalonados en toda la extensión de la propiedad vigilaban para el mantenimiento del orden que no fué turbado un solo instante.

El producto entra en la caja de la sociedad, y después de cubiertos los gastos sirve para el socorro de las familias pobres escocesas.

Las fiestas debían durar dos dias.

El 11, á pesar del mal tiempo, los valerosos escoceses dieron principio á sus juegos ofreciendo al público el atractivo de muchos ejercicios. La lluvia ahuyentó á muchos espectadores, hasta que por fin no quedó nadie junto á la cuerda. Los pipers hicieron resonar inútilmente sus instrumentos llamando á los fugitivos; hubo que resignarse y esperar á un tiempo mas propicio.

Al otro dia el sol salió radiante y disipó las nieblas rezagadas en el parque. Con mucha antelación estaba cada cual en su puesto como comprendiendo que aquel dia seria el verdadero de la fiesta. Desde por la mañana aquella plaza ofrecia el aspecto mas variado; cada clase estaba representada por su traje diferente no en la forma sino en los colores. Nada mas gracioso que esos grandes plaids de cuadros que llevan con una negligencia aparente sobre el terciopelo de las chaquetillas bordadas de oro ó de plata; nada mas gracioso que ese gorrito con plumas de águila, y esos magníficos puñales envainados unos sobre otros, y cuyos puños guarnecidos de topacios con montura de plata forman otras tantas estrellas brillantes al costado del rico montañés. ¿Y qué dirémos de la hermosa claymore y del cuerno de caza pendiente de su linda cadenita de plata?

Pero la fiesta principia. Las jovencitas de la escuela escocesa toman asiento al pié del tendido principal. Hé aquí primeramente cinco pequeños pipers, de doce á quince años, que desfilan por el redondel hinchando con mas ó ménos armonía el enorme vientre de sus bag-pipe. Después viene la música de los coldstream-guards, pero ¡atención! la carrera se organiza. Ocho montañeses vigorosos se lanzan á una señal dada y recorren en ménos de tres minutos el espacio circular de media milla con repetidos aplausos de la muchedumbre.

Viene en seguida el ejercicio de las piedras; se trata de lanzar á una gran distancia piedras enormes de mucho volumen y peso.

Luego vemos el juego del *cabrer*. Llámase así un abeto entero que tiene por lo ménos 4 metros de largo y 9 pulgadas de diámetro en la base. El luchador toma la estaca por la punta y la sostiene un instante derecha en equilibrio apoyándola contra uno de sus hombros, y por fin haciendo un esfuerzo supremo la lanza verticalmente. El *cabrer* al caer sobre su base debe permanecer un momento como plantado en tierra y dirigir la punta del lado opuesto al luchador.

El juego de los martillos está representado en el tercer dibujo. — El martillo está figurado por una bola de hierro que pesa 22 libras. Esta bola tiene un mango de madera como de un metro. El luchador con los brazos desnudos, apoderándose de esta pesada maza la hace dar muchas vueltas hasta que al fin la arroja á la mayor distancia posible. La gran dificultad de este juego de gigantes, dejando aparte la fuerza y la destreza que requiere, consiste en no pasar cuando se arroja el martillo un palo que hay en la tierra contra el cual debe quedar marcado el último paso. Lanzado el martillo, se indica por medio de una estaca el punto exacto donde llegó, y gana aquel que alcanza á mayor distancia del punto de partida.

Es muy curioso ver á esos hombres robustos, de los cuales muchos andan mas de 120 leguas para tomar parte en esas luchas, como desarrollan al aire libre las formas atléticas de su vigorosa naturaleza.

Pero el bag-pipe nos convida á mirar sobre un tabladillo de madera los bailes nacionales. Cuatro escoceses ejecutan una danza graciosa y viva animándose de mas en mas y lanzando de tiempo en tiempo un grito á veces casi salvaje, y á veces cómico. Pero ¿qué cuadrilla es esa de alegres parejas que se adelanta al pié del mayo que está en medio del círculo? Al ver esos pastorcillos tan graciosamente ataviados con un chaleco rojo, su sombrero de paja, su calzon de terciopelo y sus zapatos blancos, y al ver á las zagalas tambien con sombreros de paja, con un corpiño de terciopelo negro y sus basquiñas cortas de raso amarillo ó azul, agitando todas en el aire cayados y banderas, creeria uno estar viendo un baile de teatro. Al llegar del pié del mayo cada cual se apodera de una guirnalda de flores que cae de lo alto, y embellecen con esas ramas floridas los pasos de sus danzas y juegos.

La punta del mayo se halla rodeada de cintas de diversos colores;



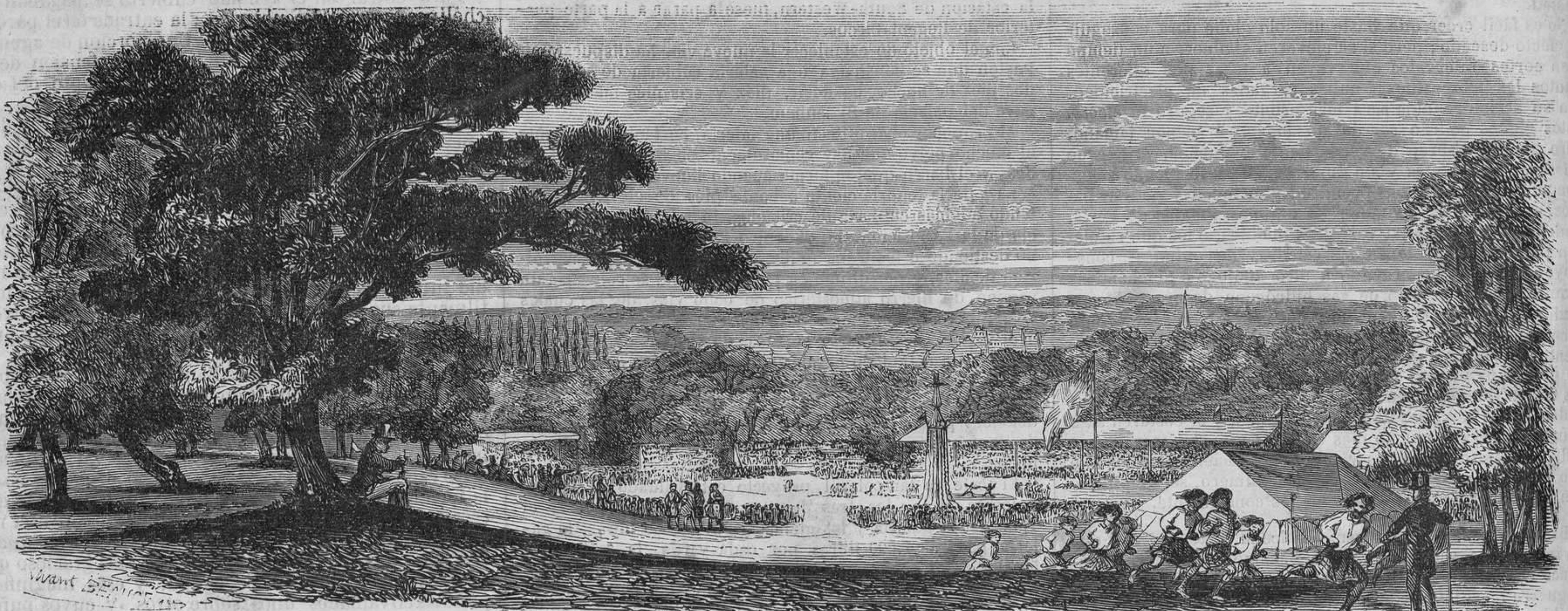
Fiesta escocesa en Holland-parc (Kensington). — El baile de las espadas.

las guirnaldas se abandonan á otras manos que las extienden sobre la cabeza de los bailarines, y en breve aquellas cintas flotantes dibujan en torno del mayo para la combinacion de las danzas una trenza de mil colores. Por otra combinacion inversa, la trenza se deshace en cuanto se forma, y ejecutan nuevos pasos, y por último se ve el cuadro final del baile.

Este pequeño intermedio aunque poco escocés fué muy aplaudido por los espectadores. — La música de los cotds-stream-guards que tocó en el baile fué reemplazada por la banda de los niños escoceses, escuela formada para los regimientos.

Otros ejercicios poco escoceses divertieron durante todo un día á un público numeroso, entre otros, las luchas de fuerza cuerpo á cuerpo, los asaltos de baston y de palo, y las carreras en saco. — Pero hé aqui un baile muy característico, el baile de las espadas que he representado en mi primer dibujo.

Se desenvainan dos espadas y se ponen cruzadas en el suelo. Los bailarines, despues de algunas figuras graciosas, con una destreza y una habilidad prodigiosa forman una porcion de pasos muy variados en el ángulo interior de la cruz sin

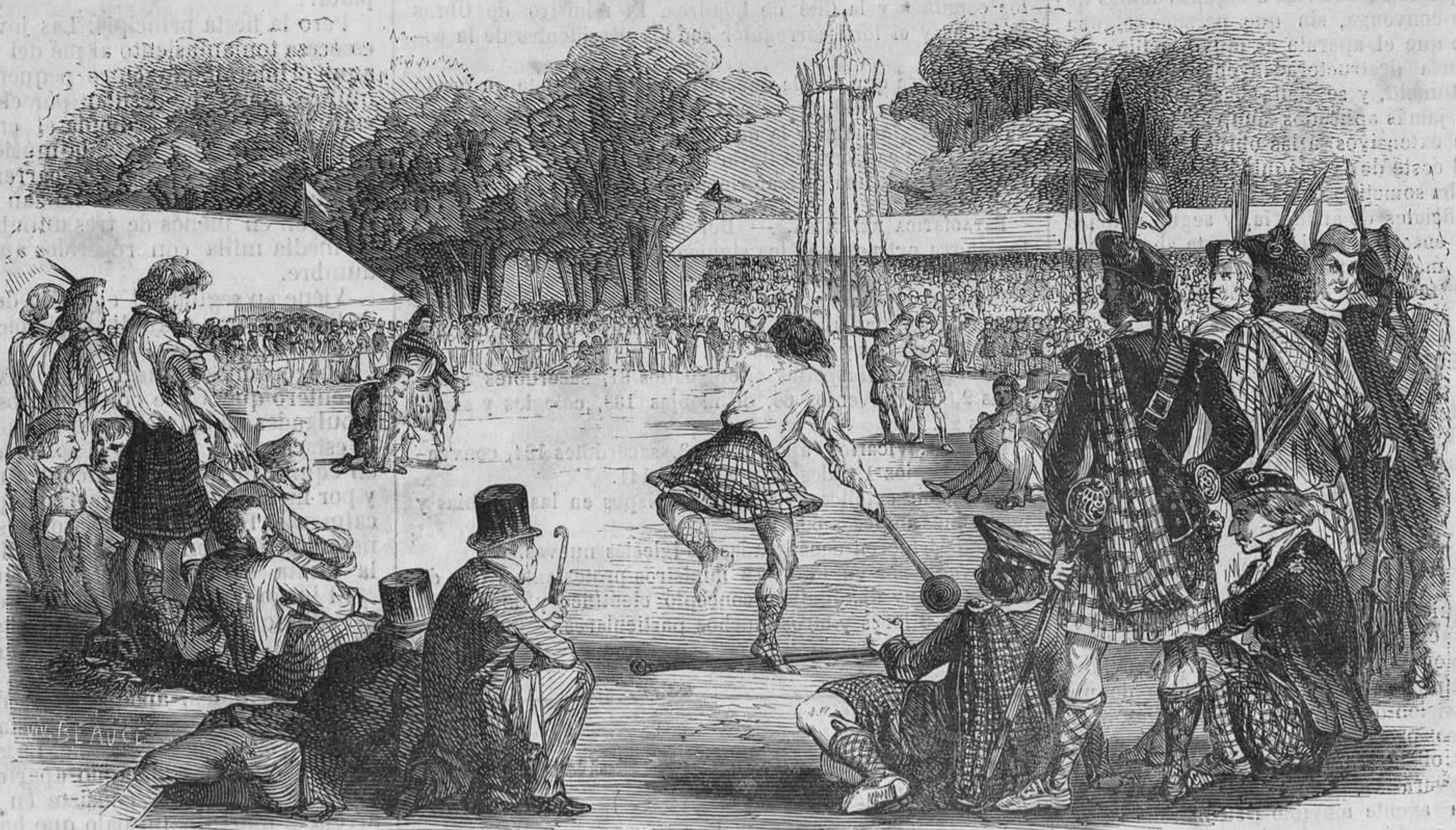


Vista del cercado de Holland-parc durante la fiesta.

tocarla nunca. Este baile es en extremo interesante y curioso.

¿Qué mas diré ahora? que á la fiesta acudió mucha gente y que en el tendido reservado para los convidados de Holland-House se halló reunida una gran parte de la aristocracia inglesa. En el vasto comedor del palacio un espléndido ambigüestuvo en permanencia mientras duró la fiesta, y todos los amigos, y los amigos de los amigos de lord Holland se sentaron sucesivamente á una mesa que contenia mas de sesenta cubiertos.

Los juegos se renovaron mientras duró el día, y como la víspera, en la noche se reunieron en medio de los naranjos



Fiesta escocesa — Ejercicio de los martillos.

y de las flores mas raras, los escoceses, sus familias y sus amigos, en mayor número que el día anterior. Allí despues de una buena comida continuaron las danzas escocesas. Los alegres convidados se hallaban estimulados por una orquesta oculta que el noble lord les habia dispuesto; los helados circulaban constantemente y las luces de colores daban un nuevo brillo á aquellos trajes pintorescos.

Despues de un concierto en que oimos algunos cantos escoceses, la orquesta entonó el *God save the Queen*, y lord Holland dió la señal de la retirada á una hora bastante adelantada de la noche.

V. B.